REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 4 DE 1933 — No. 13

El Enigma de los Ojos en la Pared

por RICARDO SETARO

EL hecho que voy a relatar, ocurrió en la ciudad de La Rioja, en la primavera del año 1926. Me encontraba allí en aquel entonces cumpliendo una misión periodística, que compartía Raúl González Tuñón y nuestra vida se desenvolvía monótonamente, sin arraigo a las costumbres provincianas típicas del lugar.

Vivíamos extrañamente, porque lo hacíamos de acuerdo con la rutina habitual de las grandes ciudades, de modo que el acontecimiento que me lleva ahora a escribir estas líneas, vino a parecerse extraordinario tan sólo al ser recordado a través del tiempo. La perspectiva cronológica lo sitúa bien y le da aún más extraña apariencia el borrarse del recuerdo los pequeños detalles del vivir diario que, sumándose a la totalidad, restan crudeza al hecho mismo a la ocurrencia que me propongo relatar.

Recuerdo que habitábamos una típica casa provinciana, amplia, provista de la luz de dos grandes patios que no conocen las edificaciones de las ciudades, en el claro de los cuales algunos árboles — moreras y naranjos — crecían aunando a la normal acción de existir la otra más apreciada por nosotros de dar sombra. Así se amnoraba la temperatura en extremo calurosa que desde la iniciación de la primavera es común a aquella región.

Las habitaciones distribuídas alrededor del primero de los patios eran grandes, si bien la imprevisión del arquitecto, o del simple constructor, las había dotado tan sólo de puertas de salida a dicho patio, sin comunicarlas lateralmente con las otras. Aquellas habitaciones venían así a ser como enormes cubos en una de cuyas caras había una gran abertura, suficiente por cierto para la entrada abundante de luz y aire.

Vivíamos allí con Raúl González Tuñón, Ulyses Petit de Murat y otros amigos. Cada uno de nosotros ocupaba una de las habitaciones. Una amplia sala provista de ventanas que daban a la calle y otra similar en proporciones y ubicación al otro lado del zaguán, servían de comedor y pieza de trabajo.



Ocurrió que al iniciarse la primavera del año 1926 — no recuerdo con precisión la fecha exacta — llegó a La Rioja, con el propósito de visitarme, un gran amigo mío, hoy desaparecido, según podrá apreciarse siguiendo esta lectura. Era estudiante de astronomía y sentía especial predilección por las matemáticas superiores, actividades intelectuales ambas que lo habían llevado a residir constantemente en el extranjero. Al venirse ese año a Buenos Aires, se había enterado de mi permanencia ocasional en La Rioja, por lo que antes de regresar al extranjero, realizó el viaje, con el solo objeto de visitarme y despedirse de mí.

Diría en este momento su nombre y los motivos de amistad que tan grandemente nos unían, como para decidirlo a un viaje tan largo y penoso, por sólo visitarme, pero experimento los escrúpulos lógicos de quien va a referirse a una muerte que se vincula a la memoria de un ser querido. Mi amigo fué mi huésped, es lo cierto. Para el caso dispuse la colocación de una cama y otros muebles necesarios en la misma habitación que yo habitaba. Las dos camas quedaban, por conveniencias de la configuración de la pieza, colocadas de modo que la cabecera diera contra la pared posterior y los pies en dirección a la única puerta de aquélla.



Mi amigo y yo habíamos salido aquel primer día de su llegada a La Rioja a realizar los habituales paseos para forasteros: visitamos las dos plazas visitables e hicimos una excursión al valle de Sanagasta, para gustar el comentado peligro de subir en automóvil por el camino que bordea el dique Los Sauces. Luego cenamos, asistimos al paseo obligado de la retreta y ya al terminar ésta, poco después de media noche, nos encaminamos hacia nuestra casa.

Estábamos un poco cansados y el ambiente fresco normal de esa hora nos hacía más agradable la idea de acostarnos. Nada de extraordinario nos había ocurrido y ni siquiera faltó a la rutina de informar a mi amigo que en La Rioja, por motivos de economía oficial, el suministro de corriente eléctrica se suspendía a la una de la mañana, reiniciándose recién a las 18 horas. Debíamos acostarnos rápidamente, para aprovechar el servicio eléctrico y así lo hicimos, entornando las puertas, ya que la noche era fresca.

Minutos después la fuerza de la luz decrecía lentamente y por último quedamos a oscuras.

Charlábamos. Mi amigo se empeñaba en terminar una exposición sobre ciertos adelantos que la ciencia había realizado en el terreno de las investigaciones físico-químicas referentes al contenido atómico de energía, pero yo no le escuchaba con mucha atención. Desde el momento en que habíamos quedado a oscuras, estaba preocupado por establecer qué eran dos puntos brillantes que herían mi vista al mirar la pared que daba a los pies de las camas, a un costado de la única puerta de la habitación. Eran dos pequeños reflejos luminosos, como dos ojos, que se apagaban y encendían. Esa luz evidentemente no provenía del exterior de la habitación, en cuanto la puerta estaba ubicada en la misma pared en que aquella aparecía, a un costado y a una distancia aproximada de un metro de ella.

El hecho produjo en mí impresión de miedo. Oía la voz de mi amigo, en la que ya confusamente distinguía el tema de sus palabras, y aunque hubiera querido comunicarle el motivo de mi preocupación, en ese momento una fuerza extraña me impedía toda acción. Ni siquiera podía articular los movimientos necesarios para apoderarme de la caja de fósforos que había sobre la mesa de luz, para encender uno e indagar así el origen de aquellas luces. Al cabo de algunos minutos, un tanto recobrado, moví lentamente mi brazo derecho, tomé la caja de cerillas y tratando de no producir ruido alguno, saqué un fósforo, lo froté rápidamente y se encendió.

La claridad difundida por la cerilla hizo que desaparecieran de la pared las luces que había estado viendo. Al mismo tiempo mi compañero se incorporaba en la cama, interrumpiendo su disertación para observarme con detenimiento, como si sospechara que algo extraño me ocurría. Yo tomé un cigarrillo, lo encendí, apagué el fósforo e insinué una pregunta sobre lo que tan vagamente había escuchado del tema, utilizando para ello el tono de mayor naturalidad posible que me pareció en ese momento.

Mi amigo continuó hablando, pero ya no le escuchaba: las luces habían vuelto a aparecer en la pared. Se apagaban y encendían, rítmicamente, como dos ojos parpadeantes.

—Mira — le dije.

—¿Qué?

—Esas luces.

—No es nada — me respondió.

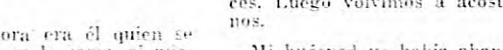
Pero ahora era él quien se incorporaba en la cama, al mismo tiempo que encendía un fósforo. Las luces desaparecieron nuevamente, como era lógico. Un poco tranquilizado me incorporé, salté de la cama y me aproximé al lugar de la pared donde las había visto. El trozo de muro era exactamente igual al resto del mismo.

—Debe ser consecuencia de algún material fosforecente mezclado a la pintura, — explicó mi amigo.

Por si ello hubiera sido así, tomé un cortapapel que utilizaba para señalar las páginas del libro que tenía sobre la mesa de luz y raspé la pintura en el lugar que correspondía a las luces. Luego volvimos a acostarnos.

Mi huésped ya había abandonado definitivamente su tema científico y ambos quedamos a la expectativa. Las luces volvieron a aparecer. El temor era entonces menor, ya que lo compartía, pero confieso que como todas las cosas de apariencia sobrenatural, aquella ocurrencia paralizaba mi persona. Las luces, mientras tanto, continuaban en su inquietante parpadeo.

—¡Hay que ver qué es ésto! — exclamó mi compañero y resueltamente saltó fuera del lecho, encendiendo casi al mismo tiempo otro fósforo.



La noche anterior no habíamos dormido. Hasta el amanecer nuestro tiempo transcurrió mientras nos empeñábamos en investigar el origen de las luces en la pared. Luego nos dormimos y poco más tarde del mediodía salíamos en dirección al hotel, donde almorzábamos.

—Quisiera saber — decíame mientras bebíamos el café — quisiera saber si lo que nos ha ocurrido anoche es un hecho aislado, sin atadero a otros aconteceres de nuestras vidas o si, por el contrario, tiene ello algo que ver con lo que antes hemos sido o hecho. La ciencia, cuando se la ahonda, nos pone en contacto con lo sobrenatural, por agotamiento de nuestros conocimientos, por llegar al punto en que la ignorancia nos vence y la vanidad crea la superstición, para justificar esa misma ignorancia...

Mientras hablaba mi amigo, acariciaba con los dedos su reloj de bolsillo.

Era un reloj de fabricación antigua, de esos que se ven aún en manos de algunos ancianos o que exhiben las personas que creen todavía en la importancia de que un reloj tenga tres tapas y tantos rubíes. El reloj era liso y en la tapa delantera, donde habitualmente llevan una moldura en forma de escudo (esos relojes que tienen tres tapas) una enorme ópalo estaba incrustado toscamente, como si allí lo hubiera aplicado un inexperto, una persona no entendida en el arte de montar piedras preciosas.

—Quisiera saber — repetía mi amigo — quisiera saber. . .

Y acariciaba con sus dedos el ópalo incrustado en la tapa de su antiguo reloj. Recuerdo vagamente que me habló de aquel reloj, o solamente del ópalo, de su origen, de la fatalidad que se atribuye a dichas piedras, pero recuerdo también que, en disgresiones sobre las piedras y sus supuestas influencias benéficas o maléficas, se apartó del tema — tan importante como había de parecerme después — sin que volviéramos al mismo durante el resto de tiempo en que permanecimos juntos.

Por la noche de ese mismo día asistimos a una función teatral. Antes de la terminación del espectáculo, mi amigo me dejó, anunciándome que se proponía insistir en la investigación que habíamos iniciado la noche anterior, sobre el origen de aquellas luces en la pared. "Parecen ojos", me dijo antes de irse.

Habitualmente me retiraba tarde a dormir. Muchas veces mis pasos del regreso a casa los iluminaba la luz del alba. El clima es en extremo caluroso en La Rioja y las horas de la noche y el amanecer son frescas y agradables. Fácil resulta así habituarse a trasnochar y dormir durante el día. Esa noche ocurrió lo de siempre. Salimos del teatro, fuimos al club, charlamos hasta casi el amanecer y, ya saliendo el sol, regresamos a nuestra casa. Ibamos Raúl González Tuñón, Ulises Petit de Murat y yo; lo recuerdo bien.

Los perros, tan habitualmente ladradores en La Rioja, habían enmudecido aquella mañana. La luz mañanera era menos violenta, no tan clara como otros días; o al menos así me pareció. Las calles más solitarias.

Cuando llegamos a casa, antes de abrir la puerta, sentí deseos de seguir caminando, de no entrar en ella. Fué cosa de un segundo, solamente. Luego entramos. Mis amigos se encaminaron a sus habitaciones y yo me quedé en el jardín del patio anterior, indeciso, mirando las plantas, entusiasmado en la observación de los pequeños detalles de la conformación vegetal ,tarea ésta que nunca antes me había preocupado. De pronto — como la persona que se decide a hacer algo que no hubiera querido — me dirigí resueltamente a mi habitación, mientras me decía mentalmente, como si lo hiciera respondiendo a alguien que me lo quisiera impedir: "Voy a dormir. Ya es hora de dormir".

Abrí la puerta, entornada, dí un paso y no avancé mas. Todos los pequeños detalles, los presentimientos, las indecisiones de aquellas últimas horas acababan de justificarse en la escena que estaba mirando. Mi amigo yacía tendido en el suelo, en una postura extraña. A su lado la mesita de luz, volcada y los objetos que había sobre ella, desparramados en el piso. Las ropas de cama estaban en orden, como si apenas mi amigo hubiera permanecido en ella unos minutos, después de acostarse. En la mano derecha, fuertemente apretada, con los dedos crispados, alcanzaba a verse el reloj del ópalo incrustado. Mi amigo estaba muerto.



Si bien se supo despues que el fallecimiento era consecuencia de un síncope cardíaco, yo puedo afirmar que aquel hombre, mi amigo, fué asesinado por el ópalo del reloj de tres tapas. Una paciente investigación me llevó a afirmar tal cosa. Durante muchas noches realizé todos los experimentos imaginables, todos los ensayos, para investigar el origen de las luces en la pared, que ya no volvieron a aparecer y el misterio quedó develado el día que las autoridades policiales me entregaron el extraño reloj, para que lo hiciera llegar a manos de los parientes del muerto, si es que los tenía.

Esa noche la luna brillaba con fuerza igual que la noche de la muerte de mi amigo. Entorné la puerta en la misma forma en que lo estaba al llegar yo a casa aquella mañana, como lo hacía mi amigo, antes de acostarse. Instantáneamente las luces aparecieron en la pared. Por la abertura, apenas de unos milímetros ,entraba un rayo de la luz, la luz chocaba en la superficie del ópalo del reloj y era reflejada sobre la pared; el moverse de las hojas de los árboles, a través de las cuales pasaba la luz, producía aquel extraño apagarse y encenderse que tanto nos había intrigado.

Mi amigo debía estar obsesionado por el pretendido maleficio del ópalo, cuyo origen no alcanzó a explicarme. Al acostarse la noche de su muerte, había visto aparecer las luces en la pared. Debió pensar que las luces las emitía el ópalo y al constatar, llevando la mano al reloj, que realmente era así, sobrevino la muerte, impotente su constitución cardíaca para soportar los efectos de una emoción semejante.

¿Qué ojos serían aquellos de la pared, cuya mirada debió temer tanto mi amigo? ¿Qué misterio encerraba el origen de aquella piedra, tan toscamente incrustada en el reloj de tres tapas?

Ilustraciones de Parpagnoli





LOS ESCALONES ENSANGRENTADOS

LELLA-KEDIDJA estaba preocupada. ¿Qué secreto se había alojado detrás de esa frentecita obstinada, estrellada de finos tatuajes? Una de sus hermanas le había dicho la víspera:

—Vigila a Sliman. No se le ve sino en compañía de Ahmed-ben-Daud, que propaga en los aduares la doctrina de Sidi-Aisa.

Y como, ingenuamente, Lella-Kedidja, algo inquieta, solicitara explicación más detallada, la informante agregó:

—Sidi-Aisa es un profeta. Los que siguen su doctrina, los que llevan la rosa, como ellos dicen, pueden desafiar el fuego y el veneno. La protección de Alá los acompaña por todas partes. Pero se oyen gritos horrorosos, gritos de supliciados, allá, en la tienda de Ahmed-ben-Daud, donde los afiliados se reunen noche a noche. Por eso te digo: Sliman, a quien amas, parece no abandonar a Ahmed-ben-Daud. Se les encuentra juntos en todo momento después del último Beiram. Vigila a Sliman.

Esas confidencias habían arrojado profunda turbación en el alma de la joven.

Lella-Kedidja no tenía más que trece años; pero es la edad del pleno desarrollo entre los moriscos y bereberes. Una inteligencia vivísima iluminaba sus ojos negros, agrandados por un ancho trazo de kol. Tenía esa gracia vivaz y espontánea que conservan hasta el casamiento las hijas de su raza. En los días de fiesta, ninguna llevaba el haik con más elegancia ni aire más desenvuelto. Ninguna sabía levantar con más arte el rodete de su peinado y rodearlo con el fular de un turbante de visos más llamativos. Ninguna tampoco, en la selección de collares y pendientes, en los de fíbulas de plata que sostienen la camisa en la espalda o de aros cincelados con que se adornan muñecas y tobillos, ostentaba mejor gusto ni mayor coquetería.

En cuanto a Sliman, hijo de Omar, era el rey de los caballeros de la tribu. Viéndoselo alardear sobre su caballo blanco en las correrías de prueba, uno se representaba a esos jóvenes jeques gloriosos de las épocas heroicas, en redor de los cuales los albornoces, levantados por el viento del Sur, ponían como una majestad de apoteosis.

Sliman contaba veintidós años. Amaba a Lella-Kedidja. Esperaba ella que viniera a tomarla en matrimonio en casa de su padre. Sería cosa de semanas, se había dicho.

Lella-Kedidja estaba ansiosa. ¿Es posible saberse, en las cofradías religiosas del Islam marroquí, qué pruebas, qué sacrificios serán exigidos a los nuevos adeptos?

★

La noche caía. Las cumbres del Atlas teñidas de malva y de cobre, se encapuchaba en una sombra descolorida. Luego se hizo por doquiera la oscuridad sin horizonte.

El aduar comenzaba a adormecerse.

Aquí y allá todavía, en torno a las tiendas cerradas, un fuego de cedro perfumaba la atmósfera entorpecida.

Lella-Kedidja, aprovechando el sueño de todos, se deslizó silenciosa fuera de la tienda paternal.

Intencionalmente o no, Ahmed-ben-Daud, aquel en cuya casa se reunían los adeptos del nuevo profeta, había levantado la suya apartadamente, en un terreno cubierto de esas al-...as hierbas saharinas, llamadas ...ris, que proporcionan a los ...mades un buen forraje.

...ella-Kedidja, acurrucada en ... más espeso del campo de ..., vió pasar bajo el cielo sin ...llas fantasmales siluetas ... penetraban con religiosos ...os en la tienda de Ahmed. ...ó primeramente seis. Lue...pareció un séptimo, a quien, ... la manera de andar y por ... estatura, reconoció súbitamente. Era Sliman.

De la tienda partían entonces cantos gangueados, la misma fórmula cien veces repetida de la confesión de fe musulmana:

—"¡No hay más dios que Alá!"

Salmodiábanlos los hombres mesuradamente, en diferentes tonos, como es de uso en las mezquitas.

Nadie más entró en la tienda, sin duda porque se hallaban en ella todos los afiliados.

Lella-Kedidja se aproximó arrastrándose.

Una desgarradura finísima permitía a la mirada filtrarse en el interior. Lella-Kedidja retuvo su respiración, aguzó su mirada.

A las salmodias anteriores había sucedido un sonar de tambores y tan-tanes golpeados cadenciosamente. De pronto, Ahmed-ben-Daud se levantó e inició la danza religiosa. Eran violentas y sacudidas oscilaciones de la cabeza y del tronco, acompañadas de invocaciones litúrgicas. Otro se levantó des...ués de él, luego un tercero; ...ronto fueron cuatro, luego seis ...s que participaron con frenesí ...ístico en la danza sagrada. ...iman permanecía solo, inmó...l, sentado a la mora detrás de ...s tocadores de tan-tan.

Ahmed-ben-Daud se apartó ...n luego de la danza que los ...ros seis, con frenéticas con...siones, prolongaron durante ...dia hora.

...a espuma subía a los labios ...os danzantes en un estremecimiento. No exhalaban sus gargantas más que sonidos roncos como estertores. Sucesivamente se postraron en el suelo. Cada uno de ellos había alcanzado el paroxismo del éxtasis bienaventurado.

Ahmed-ben-Daud, que permanecía dueño de sí mismo, se volvió hacia Sliman.

—Mira a esos hombres —dijo—. Poseen ahora el espíritu y el poder de Sidi-Aisa, el santo cuya nueva gloria ilumina el cielo de Fez. Han alcanzado el éxtasis divino, son más fuertes que el veneno, que el hierro y que el fuego. Alá está en ellos. Mira y comprenderás que la doctrina de Sidi-Aisa hace milagros.

Dichas estas palabras, Ahmed-ben-Daud se aproximó al primero de los hombres dormidos y le hundió un puñal en el vientre.

El puñal sacado, ninguna sangre brotó.

Al segundo adepto y al tercero, un negro que antes había estado tocando el tambor, presentó tabletas de cactus erizadas de sus punzantes espinas. Los dos aisauas mascáronlas sin repulsión ni aparente dolor. La sangre con el jugo del cactus chorreaba de sus labios hasta las negras barbas, pero una sangre tan pálida, tan descolorida, que podría haberse confundido con el mismo jugo de las plantas.

Al cuarto y al quinto fuéronles presentadas bestias repulsivas: víboras y escorpiones. Y, con horribles crujidos de mandíbulas, los hombres las trituraron y las tragaron.

Lella-Kedidja temblaba de horror en su escondrijo.

Fueron repetidas las vociferaciones. Luego, el mismo sudanés que había traído las taletas de cactus, víboras y escorpiones, retiró una barra de hierro al rojo de una especie de trepié que fulguraba en el fondo de la tienda.

Del hierro al rojo se elevaban humaredas luminosas; crepitaban chispas.

Entonces al sexto discípulo, casi sumido todavía en el sopor, el sudanés mostró la barra incandescente. El hombre la aplicó sus labios en un chirrido atroz de carnes quemadas. Luego el negro, a su vez, tocó la barra de hierro.

—Ya ves, Sliman —volvió a decir Amed-ben-Daud; ya ves cuál es el poder de Sidi-Aisa, y cómo aquellos que le tienen fe son superiores a los otros mortales. ¿Quieres llevar la rosa de Sidi-Aisa? Parto mañana para Fez. Dentro de ocho días será la fiesta del Cordero, para la cual ha convocado a todos sus discípulos. ¿Quieres que te lleve a Sidi-Aisa?

Sliman se había incorporado y su alta estatura dominaba esa escena macabra en que los hombres estertoraban en el suelo presa de epilépticas convulsiones.

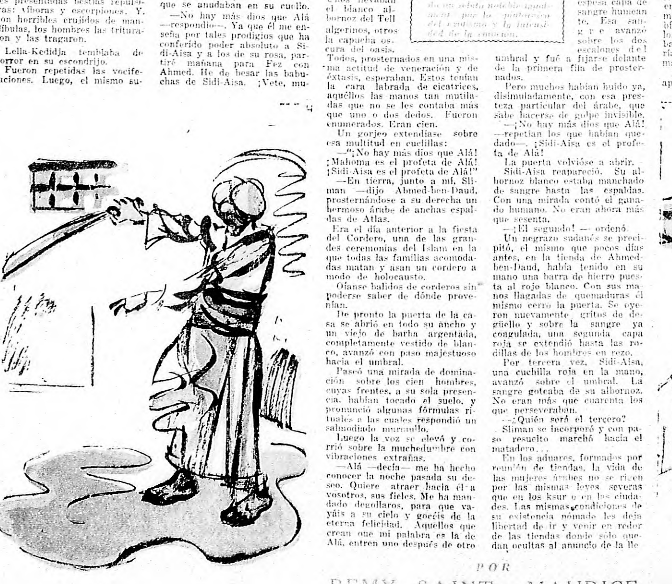
Iba a responder.

En ese momento la tienda se entreabrió. Dos brazos se arrojaron al cuello de Sliman.

—¡No, Sliman, no! ¡Yo no quiero! ¡Yo no quiero!

Pero Sliman, con gesto de ruda autoridad, apartó los brazos que se anudaban en su cuello.

—No hay más dios que Alá —respondió—. Ya que él me enseña por tales prodigios que ha conferido poder absoluto a Sidi-Aisa y a los de su rosa, partiré mañana para Fez con Ahmed. He de besar las babuchas de Sidi-Aisa. ¡Vete, mujer! No tienes derecho a abandonar de noche la tienda de tu padre.



★

Era una calle de Fez, infectada de un acre olor a carnicería. Sobre podredumbres que aquí y allá se hallaban esparcidas, runruneaban las grandes moscas negras de Africa.

La casa del profeta se hallaba en el extremo de la callejuela. Se la reconocía de lejos por su reciente blanqueo de cal que la revestía de sol.

Codo con codo, sobre el piso usado por los años se habían arrodillado los adeptos, que esperaban graves y recogidos la palabra del asceta. Habían venido de todas las regiones del Maghred; muchos llegaban a pie desde el Tafilelt o el país oranés. Unos llevaban el blanco albornoz del Tell algerinos, otros la capucha oscura del oasis. Todos, prosternados en una misma actitud de veneración y de éxtasis, esperaban. Estos tenían la cara labrada de cicatrices, aquéllos las manos tan mutiladas que no se les contaba más que uno o dos dedos. Fueron enumerados. Eran cien.

Un gorjeo extendíase sobre esa multitud en cuclillas:

—"¡No hay más dios que Alá! ¡Mahoma es el profeta de Alá! ¡Sidi-Aisa es el profeta de Alá!"

—En tierra, junto a mí, Sliman —dijo Ahmed-ben-Daud, prosternándose a su derecha un hermoso árabe de anchas espaldas de Atlas.

Era el día anterior a la fiesta del Cordero, una de las grandes ceremonias del Islam en la que todas las familias acomodadas matan y asan un cordero a modo de holocausto.

Oíanse balidos de corderos sin poderse saber de dónde provenían.

De pronto la puerta de la casa se abrió en todo su ancho y un viejo de barba argentada, completamente vestido de blanco, avanzó con paso majestuoso hacia el umbral.

Paseó una mirada de dominación sobre los cien hombres, cuyas frentes, a su sola presencia, habían tocado el suelo, y pronunció algunas fórmulas rituales a las cuales respondió un salmodiado murmullo.

Luego la voz se elevó y corrió sobre la muchedumbre con vibraciones extrañas.

—Alá —decía— me ha hecho conocer la noche pasada su deseo. Quiere atraer hacia él a vosotros, sus fieles. Me ha mandado degollaros, para que vayáis a su cielo y gocéis de la eterna felicidad. Aquellos que crean que mi palabra es la de Alá, entren uno después de otro en esta casa. Que los incrédulos vuelvan a sus pecados y a sus torpezas terrestres.

Hubo un gran silencio. Los pechos jadeantes retenían, sofocaban su aliento.

Nadie se movía.

Con la misma voz, cuyos acentos guturales desgarraban el aire, Sidi-Aisa continuó:

—Que el más creyente de mis adeptos penetre primero.

Ahmed-ben-Daud se levantó, alargó ambos brazos hacia adelante, la cabeza gacha en señal de sumisión, y penetró a la morada del profeta.

La maciza puerta, claveteada de hierro, se cerró tras él.

Los perros, en su refugio de sombra, aullaban siniestramente a la muerte.

Se percibían gritos roncos como los de una bestia a la que se degüella y bajo la puerta corrió una espesa capa de sangre humeante. Esa sangre avanzó sobre los dos escalones del umbral y fué a fijarse delante de la primera fila de prosternados.

Pero muchos habían huído ya, disimuladamente, con esa presteza particular del árabe, que sabe hacerse de golpe invisible.

—¡No hay más dios que Alá! —repetían los que habían quedado—. ¡Sidi-Aisa es el profeta de Alá!

La puerta volvióse a abrir.

Sidi-Aisa reapareció. Su albornoz blanco estaba manchado de sangre hasta las espaldas. Con una mirada contó el ganado humano. No eran ahora más que sesenta.

—¡El segundo! — ordenó.

Un negrazo sudanés se precipitó, el mismo que pocos días antes, en la tienda de Ahmed-ben-Daud, había tenido en su mano una barra de hierro puesta al rojo blanco. Con sus manos llagadas de quemaduras él mismo cerró la puerta. Se oyeron nuevamente gritos de degüello y sobre la sangre ya coagulada, una segunda capa roja se extendió hasta las rodillas de los hombres en rezo.

Por tercera vez, Sidi-Aisa, una cuchilla roja en la mano, avanzó sobre el umbral. La sangre goteaba de su albornoz. No eran más que cuarenta los que perseveraban.

—¿Quién será el tercero?

Sliman se incorporó y con paso resuelto marchó hacia el matadero...

En los aduares, formados por reunión de tiendas, la vida de las mujeres árabes no se rigen por las mismas leyes severas que en los ksur o en las ciudades. Las mismas condiciones de su existencia nómade les deja libertad de ir y venir en redor de las tiendas donde sólo quedan ocultas al anuncio de la llegada de un extranjero. Lella-Kedidja, sin que nadie hubiese notado su partida, había tomado el camino de Fez sobre el rastro de los peregrinos de la tribu.

> EN ningún país como en Marruecos, en esa región de Fez celosamente cerrada a nuestra civilización, se ha conservado con bravura intransigente el fanatismo musulmán. Numerosísimas cofradías compiten con qué singular mezcla de astucia y de violencia los profetas del Islam consiguen la confianza de sus discípulos y les inspiran un celo ciego dispuesto a todos los sacrificios. Escogiendo ese cuadro de costumbres tan peculiares para colocar una historia de amor ferviente y ardiente, el autor de esta novela nos la brinda de un relato notable igualmente por lo pintoresco del exotismo y la intensidad de la emoción.

Dos jornadas de marcha separaban el aduar de la ciudad. Pero nada acorbardaba su arrojo. ¿A qué bárbaras prácticas, a qué ritos sangrientos se entregarían los adeptos de Sidi-Aisa, esos aisauas, como ya se les llamaba, entre los cuales Sliman-ben-Omar se dejó alistar?

A algunas horas del aduar, los caravaneros que iban a Fez con su familias, se conmovieron con la joven y con su aire de pena. La pusieron con sus mujeres en una de esas grandes jaulas de mimbre que son en la vida nómade como casas ambulantes sobre el lomo de los dromedarios. Pudo así dar término a su viaje sin mucha fatiga.

No bien llegada a la ciudad, se informó de la morada de ese Sidi-Aisa de quien Sliman había declarado que iría a besarle las babuchas.

Se le dijo cuál era.

Vió prosternados hombres delante del umbral donde se extendía ancha capa de sangre. En medio de ellos reconoció a Sliman, por la fina tela de su albornoz, como también por sus poderosas espaldas.

De la casa de Sidi-Aisa salían rugidos, aullidos de degollados; en el barrio las gentes se miraban entre sí con gestos de terror. Se decía que Sidi-Aisa se encontraba en la faena de dar muerte a sus adeptos, que había ya matado a dos, pero que los soldados del magzen acababan de ser prevenidos y llegarían en breve para suspender la matanza.

Lella-Kedidja vió al profeta aparecer en el umbral de su morada, un arma sangrante en la mano. Hizo un signo de llamado por sobre la multitud de arrodillados kuanes, y fué Sliman quien respondió levantándose y dirigiéndose hacia el degollador.

Entonces Lella-Kedidja lanzó un grito de desesperación; dió un salto hacia la puerta cerrada; con sus menudos puños, cuyos brazaletes agitados producían un ruido de sonajas, golpeó desesperadamente los batientes de cedro. Percibió rumor de palabras, luego estertores... Como una bestia enloquecida, rodeó la mansión, buscando un acceso al interior: Uno había, pero estaba casi obstruído por numerosos carneros atados. Atrevidamente metióse entre las grupas lanosas. El corredor conducía al patio central de la casa. Un espectáculo imprevisto esperaba a Lella-Kedidja.

Cada uno con un cordero muerto sobre sus rodillas, Ahmed-ben-Daud y su sudanés, sentados a la mora bajo una arcada, parecían esperar. Frente a Sliman impasible, Sidi-Aisa degolaba unl cordero.

Cuando el animal cesó de estertorar, el viejo se lo presentó a Sliman y le habló así:

—Te llevarás en seguida este cordero en recuerdo mío. Mañana es la fiesta del Cordero. Todos los buenos musulmanes deben celebrarla. Los tuyos y tú, comeréis mañana de él. Quise conocer entre mis discípulos cuáles eran los que tenían verdadera fe en mí. Por eso dije lo que he dicho. Vete a sentar a continuación de Ahmed y de Alí y espera que el último de los que perseveren haya recibido aquí su recompensa.

Dichas tales palabras, Sidi-Aisa fué a abrir la puerta de cedro en cuya hoja las cabezas de los clavos figuraban una mano de Fatma, emblema de los verdaderos creyentes.

Sidi-Aisa llamó al cuarto de sus fieles.

Pero fueron cuatro soldados de Magzen quienes, cimitarra en mano, invadieron la casa del profeta. Venían, en nombre del sultán, a poner término a la inmolación de hombres, que hacía media hora el clamor público denunciaba en toda Fez.

El profeta explicó con pocas palabras la verdad, tal como acababa de confesársela a Sliman. Cerciorados de que en efecto no había degollado más que a corderos, los soldados cesaron de amenazar y volvieron sus lamas llameantes a las vainas.

—Sí —afirmó aún el anciano— tres hombres entraron en casa: Ahmed-ben-Daud, Alí y Slim-ben-Omar. Ellos pueden manifestar que nadie más ha entrado en esta casa. Pueden revisarla: no encontrarán cadáveres ni ser viviente alguno más que nosotros cuatro.

Con esa seguridad iban a retirarse los soldados, cuando el jefe de ellos señaló con un gesto una sombra que detrás de una gruesa columna se recortaba sobre el fondo del claustro asoleado.

Uno de los soldados fué en seguida hacia esa sombra y llevó a plena luz a una joven temblorosa que disimulaba su rostro con el haik.

—¿Quién es ésta? —preguntó el profeta con voz cuyo acento de cólera iba subiendo de punto—. Todos saben en Fez que mujer alguna franqueó jamás mi umbral. Muéstranos tus ojos y dinos quién eres, qué haces aquí.

El velo se entreabrió y Lella-Kedidja mostró su lindo rostro de berebere, sonrosado de emoción.

—Soy —dijo— Lella-Kedidja, hija de un santo marabú, sobre el que Alá derrama todas sus bendiciones. Sliman-ben-Omar, que está presente, me tomará por esposa. Por eso, como yo estaba inquieta de verlo partir para Fez, lo seguí, y he aquí por qué, oh profeta, busqué y conseguí deslizarme hasta el interior de tu casa.

—¿No tienes, entonces, fe en la misión de Sidi-Aisa? —preguntó duramente el anciano de ensangrentado albornoz.

Lella-Kedidja se calló y bajó la cabeza, pues había visto una gran ira, un amenazante reproche en los ojos de Sliman.

El profeta elevó la voz para dirigirse esta vez a Sliman-ben-Omar:

—¿Estás tú decidido a llevar mi rosa? —dijo.

—Sí, sidi —respondió Sliman con voz firme.

—¿Crees que yo poseo todos los poderes de Alá para conducirte a su paraíso, si me obedeces ciegamente en el mundo?

—Sí, sidi — repitió Sliman.

—Bien. Para probar tu obediencia y tu fe, te pido que sacrifiques a esta mujer, que la olvides, que no pienses más en tomar como esposa a Lella-Kedidja.

Sliman-ben-Omar cerró sus bellos ojos negros y, con voz grave, con voz de creyente, pero en la cual temblaba sin embargo cierto íntimo y profundo pesar, respondió por tercera vez:

—Sí, sidi.

Entonces se oyó un gran grito, un grito atroz de desesperación, parecido al llamado de los que se ahogan. Y sobre las losas ensangrentadas se desplomó inerte Lella-Kedidja.

Dos de los soldados del magzen que habían asistido a toda la escena, se precipitaron para socorrer a la joven y la recogieron, desfigurada por la sangre ya cuajada proveniente de los corderos degollados.

El emocionante espectáculo arrojó gran turbación en el alma de Sliman. Visiblemente, fuerzas contrarias combatían en él, cuyo choque, violento sin duda, ponía sobre su rostro impasible de musulmán, expresiones nuevas, sucesivas, en las que, luego de atormentada vacilación, se revelaba una suprema angustia.

De un salto precipitóse hacia la joven, la tomó de los brazos de quienes la sostenían y la estrechó apasionadamente sobre su corazón.

—¡Lella-Kedidja! ¡Lella-Kedidja!

Y hasta cuando volvió a abrir ella los ojos, posó sus labios sobre los párpados de pestañas pesadas de kol, y allí los mantuvo en un beso ferviente.

Entretanto el profeta, que había observado desde el comienzo la fisonomía y los gestos del nuevo discípulo, tomó la palabra y, con una voz que había perdido sus sonidos guturales y se había súbitamente endulzado, dijo:

—Sliman-ben-Omar, ya que, amando a esa niña, estabas listo sin embargo a separarte de ella para siempre, a sacrificarla a los deberes de mi cofradía, llévatela y cásate con ella. Partid juntos, y que la bendición de Alá sea sobre vosotros. Comiendo el cordero de Sidi-Aisa, pensaréis que el viejo profeta no es enemigo de la felicidad terrestre. Sólo Alá es Alá. Volved juntos en paz a vuestro aduar.

Y así fué, refiere la leyenda, cómo Sidi-Aisa, fundador de la célebre cofradía de los aisauas, se privó de un discípulo para que hubiera dos seres felices.

POR
REMY SAINT - MAURICE
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

El Suicidio es la Cortesía de los Reyes

por
ILYA EHRENBURG
ILUSTRACION DE PREMIANI


KRENGER

EN 1925, cuando la muerte no tenía seducción más que para los empresarios de pompas fúnebres y para los poetas incorregibles, el Teatro Meyerhold de Moscú anunciaba: "Esta noche, primera representación del Trust D.E." Si a algún curioso se le hubiera ocurrido preguntar el significado de ese Trust, le hubieran contestado, bostezando en la boletería: "Trust para la destrucción de Europa".

En la escena desfilaban cosas inesperadas: Los tanques avanzaban, los hombres estaban convulsionados por el hambre y por los gases, las decoraciones montadas sobre ruedas, huían como presas del pánico.

El corresponsal de un gran diario inglés, que asistía a la representación, exclamó, levantando las espaldas: "¡estos bolcheviques tienen una imaginación!"

El espectáculo estaba dividido en treinta cuadros. Uno de éstos mostraba a Inglaterra destruída por la crisis: Los talleres y los docks están desiertos. La libra baja. La desocupación va en aumento: Es el comienzo del hambre. Un honorable diputado interroga a un honorable ministro: "¿Os ha sido referido que durante el mes de mayo en Mánchester han muerto por el hambre más de diez mil personas?" "No; lo ignoro", contesta el ministro. En Londres la vida presenta el acostumbrado aspecto. Los ingleses mueren correctamente.

Un viejo castillo de Escocia. Es la vigilia de Navidad; en una intimidad a lo Dickens, Lord Charles Haig recibe a sus amigos Lord Charlton y Sir Edward Harley. De joven, Lord Charlton fué un gran explorador: Conoce perfectamente todas las playas de la Riviera. Sir Edward es un gran aficionado a los perros y lleva en un anillo grabada la imagen de un bull-dog que triunfa en todos los concursos perrunos. Por comida nada de Plum-Pudding: se sirven solamente tres rebanadas de pan.

El gran explorador habla de los antropófagos de Africa. De pronto el huésped lo interrumpe y dice a Sir Edward:

—¿Quiere usted ver un hermoso ejemplar de bull-dog?

Sir Edward accede gustoso y los dos salen.

El tiempo pasa sin que ellos vuelvan. Lord Charlton, inquieto por la demora, sale para buscarlos. Está ya alboreando cuando encuentra a su huésped que, sentado delante de una sopera decorada con el blasón de la familia, se limpia la boca con una servilleta. De la sopera blasonada sale el olor de un confortable "pot-au-feu".

—¿Dónde está nuestro amigo? — pregunta con ansiedad el explorador.

El huésped calla. Lord Charlton seducido por el olor apetitoso, mira en la sopera y deja escapar un pequeño grito. El amable huésped no se ha preocupado ni de sacar el anillo que representa al primer bull-dog del mundo.

Londres. En la Sociedad de Geografía. Durante una conferencia sobre las costumbres del Alto Nilo, un hombre hace irrupción en la sala. Tiene la barba descuidada y la mirada siniestra: Es el gran explorador. Cuando llega al medio del salón, grita:

—Yo debo interrumpir al orador. ¡Debo hacer una comunicación muy importante! ¡Es una revelación completa de la etnografía!... Señores...

No puede seguir. La emoción lo sofoca. Se le da un vaso de agua. Al fin puede continuar:

—¡Señores: un "gentleman" ha comido a otro "gentleman"!

Después de esta escena, el corresponsal inglés, lleno de indignación, abandona el teatro.

Han pasado siete años. Nadie, por supuesto, ha preparado su almuerzo con carne humana. Hay todavía en Europa suficientes rumiantes, ovejas, cerdos y asnos. Las decoraciones en los teatros europeos no se pasean por el escenario sino que quedan en su lugar. Se puede también decir que ellas son inmóviles. Que ya la revolución etnográfica se ha cumplido: Los gentlemen con un apetito flagrante han empezado a devorar a los otros gentlemen.

Existe sobre la tierra un cierto número de simples mortales que no son ni Reyes del Petróleo ni Reyes del Tocino. Si alguno de estos mortales se suicida, no escoge para esto ni un "miércoles negro" ni un "viernes negro", se colgará por lo tanto también en día domingo. Su preocupación no son los dividendos. Es capaz de tirarse al agua simplemente por tener hambre. De su muerte no se hablará como de un misterio. Se enviará simplemente su cadáver a la morgue.

Para los simples mortales el fin de cinco o diez reyes no es un misterio; es solamente la prueba de que la moral de los gentlemen está limitada a sus apetitos. Se puede con fría curiosidad contemplar esos enormes pólipos que se destruyen bajo el agua. La historia tiene su moraleja: Los hombres que inventaron para sus esclavos el trabajo a la cadena, mueren en serie. Es una buena muerte standardizada, situada a mitad de camino entre la prosperidad fraudulenta y la revolución retardada.

La serie empieza con Yván Kreuger: En vida le gustaba ser siempre el primero. Sin aliento corría de un banco a otro: Buscaba la salvación. No obtenía más que rotundas negativas. Se esforzaba todavía en sonreir. Parlamentaba directamente por teléfono, enviaba telegramas trágicos, impaciente extendía su sombrero a los lacayos obsequiosos. Decía que su pérdida sería el comienzo de la catástrofe general. Refutaban sus demandas con tristes suspiros: "Nosotros deploramos mucho que las circunstancias no nos permitan..." Los detectives lo seguían de cerca. Los otros pólipos vigilaban. Kreuger envió otro telegrama y sostuvo otra conversación. ¡El quería vivir! Pero los gentlemen tenían hambre.

Kreuger entonces entra en una armería. Pide el revólver más grande y compra muchas cajas de balas. Por costumbre, él compraba todo al por mayor: Los Estados, los fósforos, las conciencias, la muerte. Pero le bastó con una sola bala. El resto lo dejó a sus herederos.

Grandes honores fueron rendidos a sus cenizas: Los periodistas lloraban "la inocente víctima". Los bolsistas tomaban bromuro. El Parlamento sueco decretó la moratoria. Fué entonces que se supo que Kreuger había impreso varios Títulos de Estado. Hubo una gran indignación entre los gentlemen: Lo que puede hacer un Ministro, no está permitido al Rey de los Fósforos. Así los bandoleros de otros tiempos se dividían los caminos.

La "inocente víctima" fué rápidamente bautizada con el nombre de "Rey de los Estafadores". Los periodistas cambiaron la dirección de sus artículos; las coronas, todavía frescas, dejaban sentir el perfume de las flores, pero su olfato experimentado percibía ya otros olores.

En la caja de hierro de Kreuger se encontraron los falsos títulos; sobre su mesa había un falso teléfono con el que fingía hablar con Londres y New York, mientras que en realidad no hablaba con nadie: era un "bluff" para los visitantes inocentes. Los diplomáticos y los representantes de la Santa Iglesia se emocionaban: ¿Cómo tolerar una semejante competencia: falsas obligaciones; teléfono falso? Un escéptico, con desconfianza frota un fósforo: ¿podrá éste ser falso?

En el espacio de pocos días, en los Estados del Báltico se suicidaron cuatro personas. Eran personas acomodadas. El derrumbe de Kreuger no les dejó más que un paquete de hojas inútiles. La muerte de estas personas fué anunciada en los diarios con pequeños caracteres. Ellos no eran pólipos; eran unos vulgares bagres. Otros dos o trescientos hombres se suicidaron empujados por la desocupación y por el hambre. Ellos no tuvieron ni el honor de los pequeños caracteres. Eran unos simples infusorios.

Kreuger se suicidó el 12 de marzo en París. El 14 del mismo mes, en Rochester, se oyó un tiro de revólver: Era George Eastman, el Rey del Film, que ponía fin a sus días. Tenía 15 años cuando ganó sus primeros cinco dólares. Los puso en seguida en un Banco y abrió una cuenta corriente. Tenía ochenta y siete años cuando se decidió a cerrar su cuenta. En esa fecha invitó a varios amigos a almorzar. Luego se retiró a una pieza vecina y se mató.

Se consideraba un bienhechor de la humanidad. Sacrificaba sus dólares para subvencionar escuelas de música y clínicas odontológicas. Despedía a sus obreros por inhabilidad o por ideas anarquistas. Cuando en Rusia estalló la revolución, todos sus obreros tuvieron que prestar, por escrito, un juramento de fidelidad al capitalismo. Había iniciado una lucha a muerte contra la A. G. F. A. Mas la A. G. F. A. estaba respaldada por un fuerte pólipo llamado I. G. Eastman amaba sobre todo las resedás y los myosotis. Es probablemente a causa de esto que decía: "¡Ya ha llegado el momento de poner fin a la propaganda revolucionaria que envenena el alma de los pueblos!" Su alma estaba pura de todo veneno. Fué al Africa para descansar y allá comió un huevo de avestruz "a la coque". Este importante hecho fué fotografiado y la foto enviada a Rochester para que levantara la moral de los obreros. El tenía en ese entonces más de setenta años.

Su orgullo era poder mostrar a sus visitas, sus libretas de compras que tenía guardadas como si fuesen reliquias: "Cuando tenía 15 años, yo gasté, tal día, diez centavos para comprar un helado, está anotado aquí".

Hizo su fortuna con las Kodaks. El confesaba que su suceso era debido a esta feliz fórmula: "Apretad el botón, nosotros haremos lo demás". Esta frase la repetían los diputados y los amantes. Cuando empezó la gran crisis y los gentlemen dejaron de ser gentlemen, Eastman abrió el ropero para sacar, no el último modelo de la Kodak, sino el de la Browning, de la cual apretó el gatillo.

Era el 14 de marzo de 1932. El 27 de abril del mismo año, en Sheffield, se suicidó Paul Kunrich, el Rey de las hojas de afeitar. Este había construído varias usinas para la producción del acero inoxidable y en ellas trabajaban millares de obreras. Sus máquinas perfeccionadas producían medio millón de hojas por día y Kunrich se alababa de afeitar al mundo entero mientras él no se afeitaba. Tenía una barba de profeta y una estatura de atleta. Verdadero gentleman, no le gustaba hablar de sus capitales, pero se complacía en decir a los reporteros que medía un metro y ochenta y siete de altura.

Su trust comprendía doce sociedades anónimas. Le gustaba mucho la música y se entretenía en tocar con el órgano arias religiosas. Le gustaba también bañarse en el agua helada y para esto se había hecho construir una pileta de mármol, cuyo único adorno era un cuadro de Rubens. Era un esteta y un estoico.

El 29 de abril se publicó el balance del trust. El mundo no compraba más navajas, se dejaba crecer la barba. Los competidores habían trabajado bien y esperaban el momento en que el Rey de las navajas se cortara la garganta. Pero Kunrich no tenía navajas. Releyó el diario con los trágicos "ceros". Agarró luego una escopeta y se paró en el medio del salón... Se oyeron dos detonaciones...

El 8 de marzo se suicidaba el Rey del Acero, Donald Rierson. Tenía sus usinas establecidas en diez ciudades de los Estados Unidos. Hacía donaciones a los asilos de huérfanos. Regaló también un crucero al gobierno de los Estados Unidos. Estudiaba el perfeccionamiento de los medios de defensa contra los submarinos y era miembro de seis clubs. Cuando empezó la crisis fué presa de una gran neurastenia. El podía luchar con los submarinos, pero no con la histeria. Su cuerpo, con la cabeza atravesada por un balazo, fué encontrado por la mañana en su alcoba.

Cuando murió tenía 47 años y en la carta que dejó, hablaba de la fatiga.

El 28 de mayo, el Rey de las carnes en conserva, Mr. Swift, se levantó, como de costumbre, a las seis de la mañana y, como siempre, pidió su desayuno y el diario. Chicago es renombrada por su "corned beef", pero en Chicago hay también el sol, y esa mañana éste brillaba en todo su esplendor. El chófer estaba en la calle esperando y alrededor del auto paseaban unos desocupados. Mr. Swift se asomó a la ventana y se volvió pensativo.

El Rey de las carnes en conserva era uno de los magnates de Chicago. Había fundado varios institutos de beneficencia. Alimentaba al mundo entero con sus conservas. Era muy sobrio y prefería las frutas frescas. Le gustaban también los días de sol. Miró por la ventana: Era la primavera. Los diarios de la víspera habían publicado que en el espacio de una semana, las acciones del trust habían bajado de 17 dólares a 9. El Rey de las conservas abrió la ventana y se tiró abajo. Las casas de Chicago son altas y los reyes frágiles como los otros hombres.

El hijo del suicida, que se encontraba en su puesto de combate, de la Continental Bank, volvió rápidamente a su casa y ante el cadáver de su padre, declaró: "Es un accidente. Mi padre habrá querido abrir la ventana y se habrá ido al suelo. No tenía ningún motivo para suicidarse, pues los negocios del trust son completamente satisfactorios".

El muerto no pudo contestar.

El Rey de los calzados, Thomas Bata, se levantaba aun más temprano que el Rey de las conservas: A las cinco. Ni él ni sus obreros debían perder tiempo. El 12 de julio se levantó más temprano que de costumbre, a las cuatro de la mañana, y fué en seguida a su aeródromo. Tenía que salir inmediatamente para Suiza. El piloto le dijo que la niebla estaba aún muy espesa. Bata se enojó. El avión levantó vuelo: se sabía muy bien lo que significaba una orden del Rey del calzado. El avión volaba muy bajo. Se dijo más tarde que Bata quería inspeccionar los trabajos de sus fábricas. Se oyó un ruido espantoso. Los obreros salieron para ver lo que había pasado y se encontraron con dos cadáveres. Las manos del piloto estaban crispadas sobre los comandos. Se pudo demostrar que al momento del accidente Bata estaba parado. Nadie pudo nunca decir lo que había pasado allá arriba.

Dos meses antes de su muerte, los diarios habían recibido un despacho: "Bata se ha aplastado mientras volaba hacia la India". Aquellos periodistas que tenían buen olfato no publicaron esa noticia: no aceptaban más que la publicidad paga. Esa no era publicidad. Era una repetición general. Bata tenía horror a la psicología y maldecía la literatura rusa. En sus almacenes exponía uno de sus profundos pensamientos: "La vida no es una novela".

Los herederos del Rey del calzado tuvieron miedo que las acciones, a su vez, siguieran su mismo camino y proclamaron


EASTMAN

que los negocios del difunto eran excelentes y que el número de obreros ocupados en sus fábricas sólo había sido disminuído en diez mil.

El mismo Bata no podía agregar nada a esto. ¡Qué lástima!

En vida, le gustaban los aforismos y había publicado también un libro de pensamientos escogidos. No contento con explotar a sus obreros, les hacía soportar sus disertaciones sobre el sentido de la vida y la felicidad del trabajo.

¿Qué hubiese dicho, viendo su propio cadáver, cuando, en el verano de 1932 las fábricas cerraban sus puertas y los bancos sus ventanillas, y cuando la gente empezó a caminar con los zapatos rotos y los reyes empezaron a caer como hojas de otoño?

Puede ser que lanzando uno de sus aforismos hubiera exclamado: "¡Sí; la vida es una verdadera novela!"

¡Pero para qué dar tanta importancia a esta filosofía de los dividendos, a esta mística de los "Krachs"! Para nosotros la vida de ellos no es una novela; es una lección de zoología: Unos pólipos bien alimentados y bien cuidados se comen sabiamente entre ellos.

Sueño en el día en que el último rey será declarado: Ejemplar antiguo digno de ser conservado. Este podrá ser el Rey de las ligas de los zapatos o el Rey de la goma de mascar.

Se le pondrá en un escritorio y se le dará un ejército de obreros de plomo, un teléfono sin hilos, una pequeña alcancía a fin de que pueda poner sus donaciones para los orfelinatos, una caja de hierro y muchos papeles. Depositará su balance, escribirá sus pensamientos y gritará a los obreros de plomo: "¡Más ligero! ¡Aun más ligero! Miramos, es el trabajo a la cadena". ¿Porqué no dar a se[...] jante rey también una [...] cadena? Para que no [...] demasiado, se le lle[...] gramas sin texto. El t[...] puerta tocará sin desca[...] bre la misma el cuid[...] cienzudo pondrá un vis[...] tel: "Museo de las co[...] del fin del capitalism[...] ventanas de esta pieza [...] cuidadosamente cerrad[...] Rey no le dejarán ni cuch[...] tiradores, a fin de que n[...] pueda suicidar.

Un estudiante vendrá en [...] cursión y preguntará al pr[...] sor: "¿Y cómo han termin[...] ellos?" El profesor le contes[...] rá: "En un principio, ellos [...] liminaban entre sí, esto se l[...] maba "suicidio" o "muerte m[...] teriosa"....

★ En el País de la Mentira ★

EL País de la Mentira, cuyas fronteras se agrandan definitivamente, existió en una de las márgenes del río Paraná. Más que un círculo sombrío, fué un ingerto recortado del individualismo español. El indio, ya incapaz en 1700, de oponerse al avance de los buscadores de oro, recurrió a la astucia intuitiva que le hemos heredado, para defender sus amplios dominios. Sabía perfectamente que en el corazón salvaje de la selva, las fieras y las inclemencias del tiempo aguardaban la llegada de los conquistadores y contra estos aliados de la muerte lanzó a ejércitos enteros, sonriente, insatisfecho en su venganza, cruel siempre, sin sospechar, siquiera, que originaba, así, la fundación de nuevos pueblos y la sumisión de sus propios hermanos.

La primera noticia de su existencia real, nos la dió el padre José Guevara, joven cronista de la Orden de Jesús, que vino al Río de la Plata con la misión de reemplazar al ya famoso historiador Pedro Lozano. Guevara, envanecido por anteriores triunfos en España, a una edad en que otros recién comienzan su carrera literaria, y más periodista que historiador, se vió obligado por las circunstancias a seguir el camino que había abierto su antecesor. Ya estaba en América. Su suerte había superado a la de don Miguel de Cervantes, que no logró del rey la merced de un viaje rentado a Indias. El panorama seductor de estas tierras, tenía para él la consistencia de un ensueño divino. Venía a vivir los horizontes, las selvas y las cumbres. Pondría toda su devoción en los atardeceres truculentos de América y estamparía sus palabras en el bronce de sus obras futuras, que él soñaba inmortales.

Y su ingenuidad de poeta místico, de joven orgulloso, de cronista atolondrado, lo condujo a las márgenes del río Paraná, ya iniciado en la ardua tarea de ampliar la historia de Lozano, donde iba a ser intérprete de acuerdo con el ritmo de aquella época, de uno de los más hermosos cuentos en las obras de Goethe.

El no venía a América a dejarse arrastrar por el desenfrenado materialismo ni la profunda turbación que cegara a los fracasados conquistadores de la Trapalanda o la Ciudad de los Césares. El, fray José Guevara, estudiaría y meditaría, como en los cuentos de hadas, ante un desfile de árboles frondosos, sin abandonar jamás el perfumado ambiente de aquella escena tantas veces soñada.

E instalado con tales pensamientos, luego de recorrer las provincias de Santiago del Estero y Tucumán, entró por las rutas del Chaco, a dialogar un buen día con un indio de la región guaraní acerca de sus costumbres y sus creencias. El narrador intuyó, sin duda, la exquisita frivolidad del monje y envolviéndolo en las inefables redes de un relato irreal, lo llevó dócilmente hacia el límite de la fantasía.

El fraile no hacía más que preguntar y anotar. El indio afirmaba siempre, desenredando con habilidad sus respuestas. Influenciado tal vez por los novelones del siglo XVI, fray Guevara ensayó una incursión audaz:

—¿Tenéis noticia, acaso, de que existen o existieron en estas tierras de Dios y de S. M. el Rey, gigantes fabulosos? — preguntó.

—Existieron, padre — respondió el lenguaraz.

Y entró a describir el país de los gigantes, con palabras tan comunicativas, que el alma del fraile se fué posesionando de toda la humanidad que el indio ponía en su relato. Había en éste un voluptuoso y criminal designio. ¿Se lanzaría el padre Guevara a la aventura de un singular encuentro con los famosos gigantes creados por su imaginación solapada? En su escasa cultura, abrigaba la secreta posibilidad de una expedición que lo libertase de la esclavitud que ya estaba sufriendo; y hablaba, cada vez más entusiasmado, cada vez más explícito, citando regiones, ríos, bosques, montañas, razas y sendas desconocidas.

Pero el padre Guevara exigió pruebas concretas y el indio se las presentó días después, empeñado siempre en convencer al fraile. Era un enorme molar, casi petrificado, que dijo haber encontrado sobre el río Carcarañá. El cronista de la Orden de Jesús, que no había dormido varias noches envuelto en el torbellino de sus fiebres de gloria, exhaló un grito de asombro y con la mezquindad del avaro que huye de la luz, se encerró en la alcoba de barro que ocupaba, y escribió con toda solemnidad el siguiente párrafo, que encontramos en la página 13 de su obra "Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", edición de 1882, prologada por Andrés Lamas:

"Los gigantes, torres formidables de carne, que en sólo el nombre llevan el espanto y el asombro de las gentes, no se hallan al presente, pero antiguos vestigios, que de tiempo en tiempo se descubren sobre el Carcarañá y otras partes, evidencian que los hubo en tiempos pasados. Algunos convencidos con las reliquias de estos mónstruos de la humana naturaleza, no se atreven a negar claramente la verdad; pero retrotraen sus existencias al tiempo diluviano.

"Yo me empeñaré en probar — agrega este nuevo Amadís de Gaula con sotana y tonsura — que los hubo antes del diluvio; pero es muy verosímil que después de él, poblaron el Carcarañá y que en sus inmediaciones y barrancas tuvieron lugar su sepultura".

Y para convencer a los demás de lo que estaba convencido, por la astucia del indio, el padre Guevara dice a continuación:

"Lo cierto es que de este sitio se sacan muchos vestigios de cráneos, muelas y canillas que desentierran las avenidas y se descubren fortuitamente. Hacia el año 1740 vi una muela grande como un puño, casi del todo petrificada, conforme en la exterior contextura a las muelas humanas, y sólo diferente en la magnitud y corpulencia".

¡Con qué pudor habría borrado en esta época semejantes afirmaciones! El sabio Ameghino, con la noticia de este candoroso cronista de Indias, llevó dos siglos después a los museos argentinos los restos inequívocos de los animales antediluvianos que poblaron las márgenes de nuestros ríos.

Pero no termina aquí la encantadora fantasía que agrandó el alma simple del sucesor de Lozano. Meses después, encontrándose aguas arriba del Paraná, entró en relación con otro lenguaraz de la misma tribu. Ya tenía el fraile datos sensacionales de la existencia de gigantes en América. Le faltaba completar su información con la ubicación lógica de un país de pigmeos. Según él, la naturaleza, tan sabia en dones y caprichos, no podía fallar en estas tierras maravillosas y con la admirable ingenuidad que le acompañó hasta la muerte, interrogó al nativo con resultados sorprendentes. Oigámosle:

"Por el lado opuesto — dice — se ofrecen los pigmeos, diminutos de la naturaleza que aspiran a ser hombres y nunca salen de hombrecillos. El autor de la Argentina, manuscrita, los coloca en los confines de los Xarayes y los hace moradores de cuevas subterráneas. Otros los internan en el corazón del Gran Chaco; y esta persuasión muy válida en otros tiempos, aviva una carta del padre Juan Techo — otro ingenuo — escrita en Miraflores en 11 de Mayo de 1757. En ella dice que los chiriguanos sacaron un pigmeo muy chico. No quisieron decir en qué parte del Chaco habitaban, pero añaden que sólo de noche salen a buscar qué comer, temiendo que, si de día desamparan sus cuevas, serán acometidos por los pájaros grandes".

La unidad de este párrafo escapa a toda lógica para posarse como un pájaro loco, sobre las torres de la fascinación o la poesía.

El dramático temor de los pigmeos de América, a ser devorados por las aves del Gran Chaco, es una página maravillosa de las Mil y Una Noches. ¡Feliz de él, que la vivió sacando de ahí un nuevo encanto!

Pero, ¿a qué conclusión arriba el joven cronista, después de tan bellas incursiones?

No pudo ser más desastrosa, por cierto. Indagando lo que habría dado pie a uno de los libros más fantásticos de la Conquista, el padre Guevara llegó con el tiempo a la triste convicción de que sólo había dado crédito a una tribu del Chaco que hacía culto de la mentira, aún entre sus propios individuos.

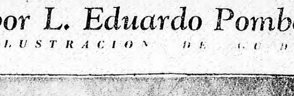
Pero su caída estrepitosa a la realidad del País de la Mentira, debió haber sido tan brutal e inesperada, que le privó del ánimo de sacar de ello el provecho que era de esperar. ¡Qué relatos hermosos se habrán perdido así! El ingenio de los indios de América, sobre todo de los que poblaron las márgenes del Plata y los valles del altiplano, fué tan pródigo en creaciones alucinantes, que las pocas leyendas que han llegado a nosotros — las que dan detalles de originalidad a nuestro folklore — conservan todavía la atmósfera vigorosa de su florecimiento.

El padre Guevara no vislumbró esta modalidad de la psicología aborigen. Le faltaron cualidades de penetración. Era un idealista con alardes demasiado esquemáticos, y en vez de explotar esas facetas de la mentalidad indígena, se enojó tanto, que en la página 14 de la obra citada, trema contra los indios chiriguanos, a los que trata de "gente infiel y nacida para urdir engaños, tan acostumbrada a la mentira, que mienten y desmienten en pocas palabras, por el interés de cualquier cosa baladí".

Lejos estaba, pues, de abarcar esos sectores del alma americana. El indio, como lo dejamos dicho, mentía por reflejos instintivos, para defender sus tierras y su libertad. La mentira en sus labios no era otra cosa que aquella sutil simulación de que nos habla Ingenieros. Hacía de ella una "arma poderosa para las especies vivas en la lucha por la vida". Mentía con dignidad, sometido al suplicio de pensar y de crear, como los grandes maestros, contra sus primeros verdugos.

CARLOS ABREGU VIRREIRA
ILUSTRACION DE RECHAIN

El Acusado Silencioso ★


por L. Eduardo Pombo
Ilustración de

de indiferencia. El peluquerito compadre que había tenido "un cambio de palabras" con Rosendo, hizo su chiste entre irónico y satisfecho:

—Pero, che, Liborio, miralo vos, si no parece un chaleco desabrochao.

—No hay más, el viejo lo sabía todo, se lo hizo limpiar, — argumentó el otro que conocía muchos "díceres" de aquellos amores contrariados y de la "oposición" que le hacían en la casa de la novia.

Rica Pata era un paisano fornido y camorrero que le había dado mucho que hacer a la justicia. Para esa justicia simple, sin tanta abogacía del pueblo de San Antonio, le servía muy bien. Con malos antecedentes, sin mayores hábitos de trabajo, con incontables borracheras de escándalo y desacato, se hacía el más cómodo sospechoso. El periódico local elogiaría después "las diligencias tan acertadamente dirigidas por las autoridades, para el completo esclarecimiento del hecho".

Buscan a Rica Pata en "su sitio", como le decía él a su rancho. No lo encuentran. Apuran a Natividad, la hija, una maravilla de criollita precoz de 18 años, generosa con los mozos fuertes, como la perra con los cachorros. No sabe nada. Llegan dos vecinos del camino, que a las cinco y media sintieron un tropel y uno de ellos sentándose en el catre, vió pasar un emponchado a todo galope.

Al mediodía el asunto está muy conversado.

Empiezan las dudas. Hay datos contradictorios. Traen de nuevo a Natividad para que declare. Entonces todo empieza a cambiar. La hija tímidamente y con un rencor escondido, que ni el juez, ni aquel comisario electorero podían percibir, responde al interrogatorio, dando detalles que se hilvanan perfectamente con lo acontecido.

Toda la firmeza y la rotunda ignorancia de la primera declaración queda tambaleante. Ella quisiera como acusar al padre. No se atreve a hacerlo, es que tampoco lo puede...

El juez, por encima de los anteojos, alcanza a sentirla extrañadamente angustiada. No se le ocurre pensar en nada. Lo cierto es que en medio de esa angustia, de esa tortura visible, no hay una lágrima, ni una súplica, ni una protesta.

La víspera al anochecer el padre dejó el recado afuera y salió como a las cuatro de la madrugada para San Antonio.

Al caer la tarde, la policía, en el Paso del Laurel, prende a Rica Pata. Anda de botas y tiene manchas lavadas en el poncho y en la camisa. En la carona del recado una mancha de sangre y dos más grandes en la jerga.

Ahí no más el comisario lo estaquea y le hace cimbrear el maneador que se hunde en sus muñecas.

El gaucho no larga prenda. Está "emperrao".

—Esto es poco; hay que hacerte conocer el machete, piensa el comisario.

Con el dibujo de los sablazos en la espalda, con los pies y las manos maniatados, promete hablar al letrado de la justicia.

El comisario empieza a saborear su triunfo. Para los que lo rodean y para el juez de paz ya confesó, aunque no quiso decir quién le había pagado la comisión. Pero todos saben que el padre de Flora es hombre de mucha plata y es caudillo. Lo madrugó porque la muchacha se le iba a escapar con él, es la opinión más aceptada en el coro de la hipótesis.

Bien asegurado con el extremo del lazo que afirman en la argolla del cinchón lo llevan a la ciudad. Rica Pata llega con el ambiente hecho. Nadie duda: el matador de Rosendo Ortiz ha sido capturado y el crimen horrendo va a ser sancionado por la justicia soberana, la justicia que nunca se equivoca, sabia, honda, implacable, certera.

El juez letrado recibió el expediente, dispuso el análisis de las prendas, otras diligencias más, y lo interrogó.

Rica Pata estuvo sereno y su negativa fué firme. A los cargos que surgían de las declaraciones de la hija, respondió también con seguridad absoluta, pero hubo un momento en que guardó silencio y se quedó mudo y taciturno.

Sólo él tenía el secreto, el tremendo secreto de aquella declaración, donde la hija no lo acusaba, pero en la que él, sólo él, sentía escondido un reproche más grande todavía que el del crimen que no había cometido.

Siguió hablando. Aquel día se levantó a las cinco, sacó el apero del rancho, ensilló y a eso de las seis salió para el lado contrario del sitio donde apareció el cadáver. Cuando lo prendieron venía tropiando unas vacas que había ido a buscar a San Antonio, por encargo de Silvestre Silvera. Las manchas de la ropa, las del poncho y las de la camisa, se las hizo tres días antes del hecho, descornando unas terneras en el corral de Jacinto País, y él mismo se las lavó y Natividad las secó a plancha. Las de la camisa, la carona y la jerga eran de su dedo pulgar. Se lo había lastimado con un borde de la cabezada de plata del basto de su recado, al desensillar en el Paso del Laurel. Las zapatillas las tiró al borde del camino porque estaban rotas, un día que por encargo del juez de Paz llevó una citación a un vecino y antes de llegar a las casas se puso unas botas que llevaba colgadas del recado y que ese día había traído del remendón.

El informe médico, dijo que la herida del dedo parecía un desgarrón aunque no descartó la posibilidad de que fuera de arma cortante.

Se confirmó que había descornado terneras, y que cuando entregó la citación iba de botas, pero esto no sirvió para nada: el juez de paz declaró que no recordaba si traía zapatillas cuando le dió la citación. La hija negó que le había secado a plancha el poncho y la camisa. Natividad negaba la verdad y un deseo escondido y una voluntad de la que únicamente el padre y la hija tenían conciencia, se cumpliría. Así el padre no volvería a estar más junto a ella.

A 27 años de cárcel condenaron a Rica Pata.

—¡27 años! se repite a sí misma Natividad. Una hilera de dientes apretan, muerden el labio inferior y las manos se crispan en un gesto que tiene algo de súplica, algo de acción de gracias al dios que le trae el destino esperado en noches de odio.

Vino la apelación, y en ella habló Rica Pata:

—Mi hija miente pa verse libre de mí, porque es "querendona" con el primero que pasa, y yo la he castigao y la sujeto: miente, porque yo no saqué el apero del rancho al anochecer, sino cuando clareaba el día, miente cuando niega que no planchó el poncho mojado, por miedo a que se descubra que tuvo una criatura antes de tiempo, sobre el poncho, y para que no se supiese, la enterramos a los fondos del rancho, y miente en lo de la camisa pa estar en libertá de hacer el amor con el primer gaucho que pase. El sargento de recorrido duerme con ella cuando cruza el pago. Esta vez no fuí yo.

Se amplía la prueba. Se elimina la declaración de la hija. Se comprueba que la herida del dedo no es de arma cortante sino un desgarrón. Se analizan las manchas de sangre: no son de sangre humana. Se confirma el enterramiento con el hallazgo macabro y con el examen de la muchacha. Y se siguen acumulando pruebas y más pruebas que llevan a demostrar la inocencia de Rica Pata.

Lo sabe todo San Antonio, todos los pueblos del departamente, los diarios del Salto han dado la "primicia": Rica Pata es inocente y va a regresar al pago.

Las manos de Natividad que se juntaron en un gesto intraducible de dolor y de alegría, cuando creyeron el regreso imposible, se juntan de nuevo y se apretan con las rodillas. Todo el horror y el desprecio y el asco y el deseo inmenso de correr y la angustia escondida en aquella primera declaración se apoderan de sus sentidos.

Está sintiendo a su padre que la mira crecer, que la contempla de un modo extraño y tiembla, y lo ve aparecer y le siente la voz suplicante y autoritaria.

Han pasado varios días. Se espera la llegada de Rica Pata.

El crimen ha perdido toda su forma en el cerebro de la paisanita. Ahora son ellos los que tienen que decidir, los que tienen que juzgar y acusarse y pedirse y darse cuentas de los hechos y de las palabras. Rica Pata no volvió más al pago. En la cárcel murió, quince días antes de leérsele la sentencia absolutoria.

Ninguno de ellos había tenido el coraje de gritar que las manchas de sangre que traspasaron el poncho, eran del hijo de los dos.



Ya se habían cosechado las naranjas en el Salto uruguayo. Ni los azahares, ni las bochas de oro adornaban más el caminito trillado que une San Antonio a la capital del departamento. El primer día de agosto amanecía turbio. Era triste el verde de los naranjos. Sólo el cardo gozando la lluvia de la noche y la escarcha de la madrugada se regocijaba en un gris ceniza muy limpio.

—Pasto pa los caranchos — pensó el carretero viendo el esqueleto de un caballo blanco tirado contra el alambrado. A veinte pasos de allí nombró al buey delantero con una voz que la bestia no había sentido nunca, con una voz corta y seca, que no era la lenta y cantada voz a la que venía obedeciendo desde hacía once años, andando, siempre andando. La carreta se detuvo. Allí mismo en un zanjón casi cubierto de cardos el paisano contó diez y siete ojales en el cuerpo de Rosendo Ortiz, mocito medio pueblero y medio gaucho.

—¡El mismísimo Rosendo Ortiz, el novio de Flora, la hija del caudillo blanco, de esos blancos "más blancos que güeso de bagual"!

Cerca del cadáver pastaba el caballo de Rosendo con el apero manchado de sangre todavía fresca.

No tardó en llegar el juez de paz y el comisario. Con ellos se acercaron al lugar del hecho, los vecinos que — por conjeturas — se habían inventado ya todo el crimen y lo aseguraban como si lo hubiesen visto.

Aquella gente lo miró todo. No lo habían robado al difunto.

Removieron el pasto y encontraron un par de zapatillas embarradas, viejas, zapatillas barbudas y muy grandes, muy grandes. Tenían que ser las de Rica Pata. Por algo llevaba ese apodo.

La "autoridá" cumplió su cometido, ante la mirada de los asistentes, que siguieron todos los apuntes con un poco de asombro y con otro poco

El Mito de los Elfos

EL primer tratado de mitología escandinava, la Edda prosaica — libro compilado a principios del siglo trece — distingue dos especies de elfos: los de la luz, que son más resplandecientes que el sol; los de la sombra, que son natural- ...te renegridos y cuya mala entraña hace juego con su te- ...lor. Los primeros tienen casa en el cielo, pero los ...ajo la tierra. Los segundos se han vengado de los ...ectuante una asombrosa longevidad: de los elfos de ... si se acuerda algún mitólogo en horas de trabajo, ...sombra tienen una fuerte clientela de chacareros, de ...as, de ilustradores de relatos fantásticos, de pescado- ...mineros, de leñadores, de abuelos y de nietos. En In- ... el pueblo les atribuye las flechitas de silex, que la ...dad de los antropólogos prefiere adjudicar al hombre ... cavernas, ente que muy pocas personas han visto: cosa ...o sucede con los elfos, que hasta los borrachos conocen ...an haber frecuentado. Dicen que emplean esas flechas ...a la hacienda: sólida hipótesis que los estragos de la fie- ... aftosa atestiguan. Dicen también que son los tejedores ...urnos de los remolinos del pelo y que fomentan pesadillas ...nsomnios. Los sinsabores de la noche les pertenecen, el pos- ...o que se golpea, la isócrona canilla a medio cerrar, el so- ...rro desvelado que hace desvelar a los hombres.

En Noruega y en el anochecer, los elfos suelen recorrer las montañas. Son largas procesiones de hombres grises de la altura del pasto. Alguno toca en el violín una pieza de Grieg, y otro brinda al turista un jarro de vino o un cuerno de retinta cerveza. Un trago de esos imprudentes brebajes y la montaña se abre como una boca y el convidado cae en su abismo.

De noche, los elfos suelen invadir el dormitorio, las alacenas y el comedor. El jamón y el arenque los atraen, las tortas y la leche cuajada. Es falso que desdeñan el aguardiante, los licores caseros, el café frío, el tabaco de mascar y el rapé. No rehuyen la buena conversación: rebotan sobre el vientre del interlocutor, escalan sus rodillas y sus hombros y le pelan a manotones la barba. Hay algunos tan refinados que asoman la cabeza por el cajón de la mesa de luz. Huelen a rata y visten preferentemente de gris. En su dialecto (lleno de arcaísmos, por otra parte) ciertos filólogos han creído notar numerosos errores de construcción y una tendencia a equivocar los tiempos del verbo. Los elfos dicen, por ejemplo: "*Mañana me comí todo el jamón*", o "*Ayer vendré a jugar con tu barba*". Inútil pretender luchar con los elfos. El mejor medio de ahuyentarlos es pisarles la sombra. Entonces se dispersan despavoridos, dejando rastros de verdadera sangre en el suelo.

Museo de la Confusión

En la sección "Se necesita un amigo", de la revista "El Suplemento", correspondiente al 11 de octubre, hallé el siguiente llamado:

Las circunstancias me han vuelto triste y amargada. Una desilusión me ha roto las alas de la bondad y la comprensión. No creo en nadie y no tengo la fuerza de voluntad necesaria para sobreponerme a lo irremediable.

Mi vida es una barca sin timón que navega a la deriva y que, empujada por las olas, se estrellará inevitablemente contra las rocas del destino.

Hombre o mujer que, con mano segura quiera encauzar mi barco, dirigiendo mis sentimientos por la ruta debida, lo espero.

Yo soy joven, distinguida y he viajado mucho.

Que a esta señorita le hayan roto las alas de la bondad y la comprensión, puede ser factible, pero que viajara mucho en una barca sin timón ,empujada por las olas a la deriva, estrellándose inevitablemente contra los acantilados, las rocosidades y el pedregullo, me parece poco probable por más que el náufrago sea jóven, cordobés y distinguido.

★

En pleno cambalache de la calle Corrientes adquirí días pasados por la modesta suma de treinta centavos un mamotreto titulado: "Con sereno Impudor", del que es culpable un ranubio azul que firma Rubén Máyer, quien también es autor de otro libro, cuyo título "Cuentos Imbéciles" no ha podido ser desvirtuado por el texto. En el de mi adquisición encontré un interesante poema bautizado "Veni, Creator," que comienza así, refiriéndose a su tocayo Darío:

Orfebre incomparable de in-
(comparables joyas,
Con l'alma de Teresa y el cuer-
(po de Verlaine,
Quijote y Sancho a un tiempo,
Púdica Diana y sátiro,

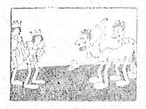
★

Exótico y sencillo...
¡Todo eso eres, Rubén!

Rubén podrá ser todo lo que se le dé la gana al señor Máyer, pero sencillo jamás. ¿No habíamos quedado en que era Verlaine y Diana, Teresa y Sancho, púdico Quijote y sátiro con l'alma de un orfebre?

Más adelante y siempre inspirado dice el vate:

Desfilan por tus versos,
Tomados de las manos con las
(Virtudes blancas
Los Príncipes del Mal,
Un coro de Centauros, etc.



Creo que yo no me atrevería a presenciar un espectáculo, donde los príncipes del mal, tomados de la mano de una tropilla de centauros se dieran en cantar la "Donna inmóvile" o Giovineza" y más bien protestaría ruidosamente por esa suplantación de Lily Pons, Bengiamino Gigli y Giácomo Lauri Volpi por los desconocidos tenorinos Pangaré, Gateao o la diva Gabriela Potranconi. No pagaría ni veinte centauros por ver y oír esa función. El verso continúa:

Y es Poe el que transito por
(tus poemas locos,
Con paso vacilante, pletórico de
(alcohol.

Lo comprendo perfectamente a este caminante. Yo también tengo por costumbre, cada vez que me veo en la obligación de abrirme paso en la espesura de un poema loco, de ataviarme con profundos Wiskeys y solicitar la cooperación de numerosos vigilantes. Dice después el portalira, siempre hablándole a Rubén:

Tu canto es todo un Mundo,
Tu lira es una Babel,
Y ,laboriosa abeja, produces en
(tu seno

Siempre me pareció este Darío bastante inexplicable, pero no es para menos ,si se ha pasado la vida templando una cademia Berlitz, arrancándole sonidos a la torre de Pisa o arrullándonos el oído con pizzicatos provenientes de una columna jonico-dorica o de un mástil poliglota. Sobre lo de la abeja diré solamente, que nunca he tenido oportunidad de observar portasenos en los panales y se han dado pocos casos de arriesgados vascos enriquecidos con tambos de zánganos, mangangáes o lechiguanas, y expendiendo mantecados y quesillos extraídos únicamente de avispas e insectos libadores. No recomiendo este negocio.

★

A raíz del retiro de Alemania de la Sociedad de las Naciones, parece que en Varsovia se hallan muy alarmados. Veamos la siguiente noticia:

Se necesita firmeza y unión para evitar una próxima conflagración. — Varsovia, octubre 14 (United). El retiro de Alemania de la Sociedad de las Naciones causó honda sensación en esta capital, donde esa noticia circuló rápidamente debido a las ediciones extraordinarias de los diarios.

El órgano "A. B. C." publica un editorial intitulado "Un guante que se arroja a la faz del mundo", que expresa: "Sólo la actitud firme y unida de todos los demás países puede evitar una próxima guerra".

—Me resulta bastante ridículo, el temor que embarga a ciertos países, de que por el sólo hech... de haberse arrojado un guant... a la faz del mundo, la guerr... tenga que explotar de un momento a otro. Con este sistem... polaco de considerarse ofendidos, mañana o pasado, por e... simple hecho de que una guaranga cualquiera arroje desde e... trasandino una media a la Cordillera de los Andes, que un veraneante tire su smoking en l... Patagonia o que un potentad... extranjero arroje su camiseta Argentina se creerá en la obligación de reclutar las reservas iniciar una expedición al desierto y ascender a coronel sobre el campo de batalla a cualquier tahur afortunado.

★

En el mismo número de "El Suplemento", el inspirado crítico de la sección "Guía Cinematográfica", comentando el film "Las intrigas del Cardenal Richelieu", dice:

¿Quién, cuando niño, no se ha dejado llevar por la privilegiada fantasía de Dumas, padre? ¿Quién no ha soñado, en sí mismo y en los hombres, con emular las proezas de D'Artagnan, con encontrar amigos como Porthos, Athos y Aramis, con amar dulcemente, a una, Constance Bonacieux rediviva, con servir a una reina venciendo a un enemigo poderoso como el cardenal Richelieu?



Tiene razón el avezado crítico. Yo también declaro que he pretendido en mis años de fiebre y orgía emular las proezas de D'Artagnan, penetrando a oscuros bailongos de Villa Ortúzar, escasamente acompañado de Porthos, acercándome a peligrosos baby-parties asesorado apenas por Athos y Aramis y tratado en vano conquistar con dulzura el corazón de ciertas chinongas con una constancia bastante bonacieux. Pero todo fué inútil, al final caí vergonzosamente vencido ante el ímpetu irresistible del prior de un convento del Caballito. No es para todos la bota de Porthos.

POR
Anímula Vágula
Ilustraciones de Rodríguez

El Llanto Bárbaro

ISABEL ALONSO DEYRA

ILUSTRACION DE ROJAS



JUAN de Dios no sabía bien cierto en qué punto de su peregrinaje se le había juntado aquella mujer. Muchas veces, mirando el cerro minúsculo que en el fondo de la botella robaba espacio a la caña, evocó una picantería arequipeña, azulosa de humo, con ringlas de "litreras" tras el mostrador, empañadas por un vaho de guisos a ratos incitante, a ratos insufrible. En un ángulo, junto al barril negro que avivaba su blusa amarilla, dibujábase el cuerpo delgado, insignificante casi y su carita de chola donosa con grandes aretes de oro de ley y una vuelta de corales ciñéndole el cuello.

Fué allí o en una calle larga, retorcida de vericuetos que iba a desangrar su tortura en un mar de puerto con patachos cargados y velas pardas de aguantar virazones y polvillo de carbón? Tarde de "chaya" en población costera del Pacífico. Alharacas de patio y zaguán entre chillidos y ruido de jarros que rebotan en los peldaños. Carcajadas y gritos. Balcones viejas. Solos en un ventano, los ojos afiebrados de su mesa. ¿Así fué?

¿No fué en un camino de Humahuaca, sin fin como trabajo hecho a disgusto? Arria numerosa picaba la senda y la tolvanera del cuádruple claveteo repetido doraba el aretajeado de través por ... y ponía angustias en la respiración. A la cabeza de la tropa, el chango silbaba un huaínito. Cerrando la marcha iba el arriero — tipo de curaca de serranía — y a su lado, al paso igual de las mulas, una muchacha de trenza prieta mordisqueaba fruta. Los dientes parejitos, la boca rosada... ¿Eso fué?

Lo anestesiaron las borracheras en el rodar de tres años de aventura y ella seguía pegada a su costado como llaga incurable. El buen recuerdo del comienzo — requiebros, guitarras, "sonseritas" — se quemó las alas en la llama ... La oruga — realidad — fea, odiosa, le pasó el alma. De lejos, llegó a pensarle el rostro morado, con cuevas en los ojos como el que se adivina cuando hay en el cielo del ... una mancha torva de rapaces. En esos instantes, una sensación de libertad plena, algo semejante al desperezo lento y agradable después de haber estado encogido, forzando músculos, lo invadía, y ese ligero ... de placer le ganaba la voluntad. Entonces, se hacía más malo. La hez turbia que decantaba en su espíritu la ternura de la mujer se revolvía. Denuestos de filo y baba prendíanse al nombre de ella y el ánima del amor en agonía ayeaba en su oído un gorigori escalofriante. Quedábale a la mal nombrada el recurso de cerrar los ojos, de irse a galope tendido corazón adentro para verlo de nuevo como era en la mina, en el tabacal o en el yermo, que en todas partes tuvo su deleite altibajos espantables.

—Huara linda, como el triguito nuevo...

—Pepita de oro, la niña...

—Fresca como l'agüita recién brotada, como l'agüita en que n'hocicó nadie...

¡Tiempos!

Alguna vez, picaneado por el cotorreo de vecinas accidentales entre un remate de naipe y el chascar de la lengua para retener el sabor del último sorbo, solía ensayar Juan de Dios su propia defensa:

—En este mundo, todos somos vasos, ¿sabe? De caña, de chicha, de ron. Y hay cosas que no casan bien una con otra, cosas que pa tragárselas son un asco. Io soy chicha juerte. Ella, cañita aguachenta... ¿Cómo quiere?

Lo airaba su sonreír manso, doloroso, eterno. Después del golpe, de la injuria, Huara sonreía bajo las lágrimas. Eran las sayas lágrimas sin sollozo, grandotas, que le marcaban en la mejilla ancha vía húmeda. Embelesado por aquella mansedumbre de piedra, él se las bebía con besos regodeones, y la moza le devolvía amistad aferrándosele al cuello. Sonreía, sonreía siempre.

—Otro grillo — mascullaba él levantisco. Lo sentía en verdad, mordiente, humillándole la carne. Sabía que la mirada de Huara era su prisionera voluntaria, fidelísima, y presumía que en horas de alejamiento la cara de la chola, inexorable, había de estar vuelta hacia el lado donde él trabajara, curvado sobre la tierra.

—Sólo Dios me libra...

Y era verdad. Cada noche, cuando al rezar apretaba el racimo de sus dedos sobre el pecho, se abstraía como una alucinada y sólo entonces dejaba de embestirlo con sus pupilas ahondadoras y pedigüeñas. Hincada en las tablas ponía una rodilla en la cabeza medio salida de un clavo penitenciándose por sus culpas y la voz de acólito niño salmodiaba loores a los santos.

—Por Juan...

—...tuavía... toy... vivo. No lo tiene, pué...

Adormilado, murmujaba en son de protesta pedacitos de palabra y subía el embozo hasta las orejas.

—Por mí... Para rogar por ella enmudecía. Por más que aguzara su dueño el oído jamás logró asir la hebra que desovillara la súplica.

—Por las monjitas de Santa Rosa... No se olvidaba nunca. La habían criado en el recogimiento de un retiro limeño y eran todo su pasado blanco, el que se guardaba con el velo de comulgante y la estampa iluminada del Arcángel. Una gran puerta de hierros labrados, la fuente con el angelote cuyo cántaro vertía el chorro limpio, las palomas querendonas que zureaban en los tejados y solían aventurarse en conquista de migas hasta el pórtico del refectorio, los coros de Nochebuena y el nicho de rosas de la Patrona celeste, constituían las únicas imágenes puras en su conciencia de pecadora. Después de aquello estaba en su vida Juan de Dios.

Sombra, fuego ,calvario.

—Lárguela, amigo — le aconsejó uno cierto vez. El diablo y el alcohol que habían sellado alianza en su contra en el fondo de diez copas, no le dejaron ver la codicia en los ojos del comedido.

Amanecía. Buscó al capataz del laboreo, garabateó su firma en el recibo, guardóse los pesos del jornal. Ni siquiera pensó entrar al cuarto donde ella dormía y donde estaba su cinto, el de las chirolas. El fresco matinal iba deshaciendo el nublado en su cabeza de bebedor. Antes de pasar el último galpón, vió a un muchacho hurgando con una ramilla las patas de su mula. Le habló.

—Saco garrapatas, don. Chupan la sangre hasta l'ánima. Mire.

—Retintas, hinchadas como garbanzos, negreaban en el suelo seco. Refrenó el impulso de bajarse y deshacerlas a taconazos y siguió.

—Me voy... me voy... Cierto que me voy. Abría la boca para tragar el aire delgado, con olor a yuyos curativos. Se apuraba la cabalgadura y un escozor raro comenzó a arañarle el alma.

—Lejos, lejitos ya.

De repente tirá las riendas. A la vera del arroyo, desprendido el corpiño en el descuido de la soledad, una mujer esponjaba al sol sus cabellos recién lavados. Parecía una matita agreste, olorosa, perfumando la brisa. Al oír el tranco se volvió. Fingida sorpresa le hacía enormes las pupilas.

—¿Dónde vas, cariño?

Se le azucaraban los labios en el sonreír eterno. El se puso rojo, luego pálido.

—Bu...ndote, vida. — Vencido, la alzó sobre la silla y volvió la grupa al camino de la libertad. La chola, pícara, aseguró su victoria apretándolo en el abrazo de la liana que ahoga al quebracho. Y la presión de su boca deshizo en la boca de él un nombre negro.

—¡Garrapata!

Don Yuco, administrador del ingenio, se los había traído del Norte. En una parada forzosa e imprevista, viniendo desde Lerma, advirtió la pinta toruna, la mandíbula de obcecado del varón que hacía de cuadrillero en el desvío ferroviario. Se lo representó exactamente en el puesto de su viejo capataz.

—¿Largó el contrato? — empezó a tantear el viajero aburrido.

—No tengo contrato. Hoy trabajo en lugar de un enfermo.

—¿Se vendría?... Habló de su rincón tucumano, del área de sembrados que debía vigilar, de la peonada trashumante, brava a veces, bajo el odio del sol.

—Iremos.

—¿Iremos?

—La costilla, don. Se entendieron. Y se entendieron mejor cuando la vió don Yuco a la luz amarilla del vagón, en la falda el atado sumario de ropas, recién peinada y pulcra en su pobreza como una gata.

Trabajó el hombre a destajo, y se amarró a la mujer con nuevos eslabones de tortura y gozo. Era el dios, un dios de dos cartas. Antes de llegar a su risa, se sufría la dentellada. Y ella lo soportaba impávida, sonriendo, sonriéndole siempre. Fueron la comidilla especiosa en todas las ruedas de braceros en descanso; luego, los envolvió respetuoso silencio. Cañas y cañaveras rumorearon otro año. Otra zafra juntó gentes de todas layas bajo el ojo de cómitre de Juan de Dios. Y uno cualquiera, sin saberlo ,atrajo la cerrazón sobre su vida.

—Lindita...

—¿Cuál? — Iban y venían mujeres de la casa con panecillos, baldes, ropas soleadas de olor a limón.

—Esa, la que mira a todas horas el viejo Yuco, pensando lo que yo...

—¿Qué pensái vos?

—Picantita.

Por primera vez sintió que su poder se hacía añicos. Tan hondos habían llegado los raigones del hechizo en su sentimiento, que olvidó los ojos de los otros hombres. ¿Y ella? Extraña comezón de saber la verdad lo enloqueció. Parecióle que por entre el tendal de cañas tumbadas borboteaba un agua roja, roja.

Llevaba una mula los avíos. En otra, ellos.

—¿Dónde vamos, cariño?

—No sé.

—Lástima dejar esto. Buenas las mujeres. La Juana, la Edelmira...

El pensaba, taloneando al animal.

—Que no me mire, que no se dé vuelta, que no lo nombre... Y lo nombró.

—¿El mismo don Yuco, cierto?

Por entre dos rosas labradas en el rebozo, muy juntitas, le entró el puñal por la espalda. Ni un grito. Apenas, un estertor de pájaro. Despacio, despacio, la fué resbalando por un costado, hasta sentir que la recibía el suelo. Más allá, se volvió. Mirándolo irse, la muerte tenía en la boca una cuajarón como un beso. El canto salvaje del hombre libertado retumbó en las quiebras. Sin estremecerse. Agrandándose. Semejaba un jinete difunto animado por gracia del infierno. Anduvo cuestas y cuestas. Con el cansancio, algo, — hielo, negrura — se le derritió en la entraña. La embriaguez de soberbia pasaba. Pero sólo cuando buscó el cuerpo tibio y moreno bajo la manta, comprendió su soledad definitiva. Medio eslabón era. Espantajo sin espanto, fantasma sin misterio, cáscara. Y la lloró bárbaramente, como si Tata Dios hubiera sido el segador.

Estaba irreconocible cuando lo detuvieron. Miraba con helada fijeza los rostros, buscando un sonreír cautivo.

—...hasta l'ánima, Huara, hasta l'ánima...

La condena le tendió puente a la orilla donde nadie hace pie.

La Sórdida Casa de los Millones

TIENE curiosos incidentes la historia de la familia Rotschild. Desde su humilde origen y actividades — pequeños préstamos y operaciones bancarias — sus miembros llegaron a las cumbres de la fortuna. Pero aun tratándose con reyes y príncipes, poseyendo millones y títulos de nobleza, perdieron — como se verá en esta nota — sus primitivas características.

La nueva persecución contra los israelitas me hace recordar a la envidiada familia de Rotschild a aquella casa que podría llamarse la casa de los millones, a la cual reverenciaban y acudían príncipes, ministros y soberanos. Buscando en diarios y revistas antiguas, he llegado a descubrir muchas noticias curiosas e interesantes concernientes a esa familia.

A fines de septiembre de 1793, la Convención de Francia, después de haber llamado a todos los pueblos para incitarlos a romper el cetro de la tiranía, lanzó sobre Europa un ejército de setecientos mil hombres, destinados a servir de puntal a sus doctrinas revolucionarias.

Grandes o pequeños, poderosos o débiles, los pobres déspotas huían, y muchos, entre ellos no tuvieron ni siquiera el tiempo de hacer las valijas y llevarse sus propios tesoros.

Sin embargo, un minúsculo príncipe alemán, el "landgrave" de Assia Gassel, viendo flamear la bandera de la revolución en su territorio, tuvo suficiente coraje para no imitar a los que acaban con los bolsillos vacíos. Recojió, pues sus joyas con unos cuantos millones de thalers, y tomó el camino de Francfort, donde esperaba poner al seguro su fortuna.

Cuando hubo llegado a esa ciudad, se apresuró a llamar a la puerta de un banquero israelita más rico de hijos que de dinero, y arqueólogo y numismático de primer orden. El "landgrave", amante también de la antigüedad, profesaba por la ciencia del hebreo, una gran estima. Desde hacía varios años, Meyer el banquero, proveía de medallas y monedas a Su Alteza, y ésta nunca había tenido que quejarse de su honradez.

El príncipe, pues, entregó a Meyer toda su fortuna, confiándola a su honestidad y a la suerte de los acontecimientos.

Antes de que terminase la semana, Francfort fué invadida por los franceses, y el banquero hebreo, señalado como mal patriota, vió su casa saqueada y desaparecer sus arcas en nombre "de la libertad de los pueblos".

Su ruina fue completa.

Cuando los vencedores desocuparon la ciudad, Meyer volvió a abrir su empresa, hizo algunas buenas especulaciones y se enriqueció aun más que antes. En 1802, era considerado como el banquero más "solvente" de Alemania.

Mientras tanto, los príncipes destronados, con el permiso de Bonaparte, regresaban a sus estados. Entre ellos se hallaba naturalmente nuestro "landgrave", quien, durante el trayecto, resolvió pasar por Francfort. Los diarios lo habían ya informado de la ruina del israelita, y el príncipe no pensaba más en su valija. Sin embargo, para demostrarle que nada había perdido en su estima, fué a visitar al viejo anticuario.

Puede imaginarse la sorpresa del príncipe, cuando aquél le presentó su tesoro intacto; el hebreo había sabido esconderlo tan hábilmente, que nadie pudo descubrirlo.

El "landgrave", conmovido por tanta honradez, le dijo:

—Amigo Meyer, tú eres el hombre más honrado que yo conozco. Guarda este dinero, hazlo fructificar, y pásame por el término de veinte años, el dos por ciento.

Así fué cómo la casa Rotschild se hizo multimillonaria.

El viejo Meyer murió en 1812, dejando cinco hijos: Anselmo, Salomón, Nathan, Carlos y Jaime.

En 1814, durante ls conferencias de Viena, el "landgrave", narró a los soberanos su aventura.

El Banco de Francfort obtuvo en seguida la clientela de la Santa Alianza; fué encargado de todos los empréstitos contraídos en aquel tiempo, y en esta gigantesca operación financiera, cada uno de los hermanos tuvo su propia parte.



Barón de Rotschild

A Jaime, el más joven, correspondió el lote del empréstito de doscientos millones que necesitaba Francia para pagar a amigos y enemigos.

Dueños ya de enormes capitales, los Rotschild establecieron en todos los rincones de Europa oficinas de correspondencia. Eran informados sobre las más insignificantes fluctuaciones de los fondos públicos en todas las plazas comerciales: operaban, pues, siempre a golpe seguro, y en el más absoluto misterio. Mientras tanto, el oro afluía en sus arcas.

De un extremo al otro del continente, los reyes lo colmaban de honores; fueron nombrados barones por las cortes de Viena, el rey de Prusia los acogió en el número de sus consejeros, y un diluvio de condecoraciones, de cruces, de cintas cubrió sus pechos.

Nathan se había establecido en Manchester en 1798 con medio millón de thalers prestados por la casa paterna; en menos de cuatro años triplicó ese capital y se fué a Londres, donde sus negocios no tardaron en asumir proporciones colosales. Fué él quien, con rara agudeza de ingenio, sostuvo con su crédito al gobierno inglés empeñado con Napoleón.

Encontrándose en Bruselas, el día de la batalla de Waterloo, salió rápidamente para Londres donde llegó veinticuatro horas antes de que la noticia fuese oficialmente conocida, y compró todo lo que encontró en venta, ganando así, de la noche a la mañana, la friolera de treinta millones.

La invasión de 1815 triplicó su capital. Casado con la hermana de Isaac Cohen, que le llevó en dote quince millones, tuvo cuatro hijos y murió en 1836. Físicamente era de aspecto enfermizo, y vestía muy descuidadamente.

Jaime, que se trasladara de Viena a París cuando la estrella de Napoleón se apagó para siempre, fué encargado con su hermano de Londres, de recibir por cuenta de la Santa Alianza, los mil millones de gastos de guerra, y los dos mil millones de indemnidad que los vencedores impusieron a Francia.

Nunca ha podido precisarse con exactitud qué ganancia obtuvieron a raíz de esa operación monetaria.

En recompensa por los servicios prestados, el barón pidió un modesto favor; rogó al ministro Villéle que intercediera ante el rey para que la baronesa, su esposa, fuera recibida en la corte.

Pero la corte, desdeñosa, se rehusó.

De 1824 a 1830, poco se sabe de nuestro héroe. Los diarios hablan muy raramente de él, y sólo en ocasión de modestas limosnas dadas a los pobres.

Escuchemos al "Constitutionel":

"El barón de Cornelius, el eminente artista, ha donado cinco mil florines a los pobres de Francfort".

Y en seguida añade:

"El barón Jaime de Rotschild ha donado quinientos francos a la congregación de caridad".

Al día siguiente, "El Fígaro" comenta ambas noticias de este modo:

"Al decir la verdad, la prensa es de una parcialidad vergonzosa. ¿Por qué mencionar las acciones generosas de algunos y callar las de los otros? Uno de nuestros redactores se mostró infinitamente más caritativo que el barón de Rotschild: ha dado diez céntimos a un ciego en el puente de las Artes".

El articulito fué muy comentado y el banquero comprendió la lección.

Por fin Luis Felipe se dignó tender su mano al barón y lo admitió en su Corte. Todos se apresuraron a obsequiar al nuevo Plutón.

Sin embargo, él sólo fué amable con un poeta de origen hebreo: Enrique Heine. Lo recibía "famillonarmente", para valernos de la graciosa expresión usada por el inmortal humorista, quien se divertía mucho a espalda de su huésped.

Hacia al final de un espléndido banquete, durante el que se habían vaciado varias botellas de "Lácrima Christi", el barón dijo al poeta:

—¡Qué nombre tan curioso el de este vino! ¿De dónde proviene?

¡Oh! Su etimología es muy simple — contestó Heine — "Lágrima Christi" traduzca usted... ¡Cristo vierte lágrimas cuando los hebreos beben este vino tan exquisito!...

Heine no permitía bajo ningún pretexto que el barón adoptase con él actitudes protectoras. Cuando tenían algunas diferencias, el insigne poeta amenazaba con publicar sus conversaciones en la "Revue des Deux Mondes". El banquero palidecía y no vacilaba en humillarse ante él para que no cumpliera su propósito.

Otro israelita, León Halevy, deseaba desde hacía mucho tiempo ser presentado a su opulento correligionario.

—¡Bah! — dijo Heine — desea conocerlo porque no lo conoce..

Es sabido que el banquero, como su hermano de Londres, profesaba un soberano desprecio por las reglas de hurbanidad.

Un diputado se encuentra con Rotschild en el "foyer" del teatro de la Opera.

—Buena noche, barón, ¿cómo está?

—Bien.

—¿Y la señora baronesa?

—¿A usted qué le importa? —contesta brutalmente el judío, dándole la espalda.

Otra vez, dirigiéndose al príncipe Pablo de Wunterberg, que le había hecho el honor de aceptar su mesa, le dice con un tono de familiaridad:

—Pablo, ¿puedo ofrecerle de este vino?

El príncipe alza la cabeza, mira al barón y no contesta. Sin desconcertarse, el banquero repite:

—Pablo ¿puedo ofrecer?

—¡Oiga! —grita el príncipe dirigiéndose a su sirviente—, ¿no oye que el señor barón le está hablando? —Y abandonó la mesa.

El año 1847 fué un año de carestía. El banquero trató de conjurar la catástrofe adquiriendo inmensas cantidades de trigo, que hizo vender luego a menos de su costo. Un horno especial preparaba el pan para los pobres. El pueblo no quería creer a tanta generosidad. Los diarios sostenían que aquello no era pan, que la harina era greda, yeso, cal. El "Nacional" acusaba a Rotschild de bañar su harina en el sudor del pueblo...

Pero, con todo, el barón perdió sumas considerables.

Entre las muchas anécdotas que corren sobre él, he aquí una auténtica.

En 1845 tuvo la idea de hacerse retratar por el célebre pintor Vernet. Va, pues, en su busca y le pide el precio.

—Para usted, señor barón, serán cuatro mil francos.

—¡Diablos!... Para dos pinceladas, me parece un poco caro.

—¡Ah! ¿usted quiere comerciar? Entonces son cinco mil.

El barón hace una mueca de estupor.

—Y si añade una palabra más, triplico esa cifra.

Rotschild, sin esperar más, huye despavorido.

—Espera, espera —le grita entonces Vernet. Te lo haré gratis tu retrato!

Y cumplió su palabra. Puede verse en uno de sus retratos una cabeza de judío asustado que huye, y sobre la cual luchan la avaricia y el terror...

¡Es el retrato del barón!

A menudo le reprochaban su indiferencia para con sus correligionarios en la necesidad, y le aconsejaron consagrar a ellos los beneficios de una jugada de bolsa. El consejo le pareció muy bueno, y un día organizó una maniobra de alza que le produjo ochocientos mil francos, con los que fundó una casa de refugio para los hebreos. En 1848 subscribe otros cincuenta mil francos para repartir entre los pobres, y se cuenta que, cuando en el furor de la revolución vacilaba entre salvarse a sí mismo o salvar sus millones, Marcos Caussidiére le dijo:

—Ciudadano Rotschild, no tengas miedo; yo respondo de tí.

Al año siguiente, Marcos Caussidiére, al llegar a Londres proscripto y sin un centavo, recibió esta carta:

"Señor: Permítame que ponga a su disposición treinta mil francos. Este pequeño capital le permitirá emprender algún negocio en la dura vida del exilio. Me lo devolverá cuando quiera. Es una débil prueba de agradecimiento por los grandes servicios prestados al país.

"Suyo, Rotschild."

El barón recurría a los expedientes más originales para procurar fondos a las personas que le solicitaban dinero.

Un día, un industrial de gran mérito, le expuso el proyecto de una vasta empresa. La idea era excelente, y el éxito seguro, pero se necesitaban cien mil francos para comenzar, y el industrial no sabía qué hacer.

—Tenga paciencia —le dijo el banquero—. Venga conmigo y tendrá el dinero que necesita, sin que yo desembolse un solo centavo.

Lo llevó en su coche hasta la bolsa y allí, tomándolo del brazo, se paseó por los corredores. Dejado solo el industrial vió a veinte capitalistas acercársele y ofrecerle su crédito y sus cajas.

El barón sentía un profundo desprecio por la humanidad. Un cochero le devolvió un día la cartera, llena de dinero, que el banquero había olvidado en un coche de alquiler.

—Denle quinientos francos a ese imbécil —se limitó a decir el barón al enterarse de su gesto.

Es conocida la frase que Enrique Heine dirigió al obispo de Malines. El prelado y el financista comían en casa de un ministro. Al pasar al comedor, el obispo dijo a Rotschild:

—Pase usted adelante, señor barón.

El banquero no se lo hizo repetir. Entonces Heine observó:

—Se podría creer que hubo una falta de cultura; nada de eso. El Antiguo Testamento precede al Nuevo.



BERNARDO HAEDO

ILUSTRACION DE GUIDA

El Poeta sin Cuerda

POR

SIMON BURIL

ILUSTRACION DE ROJAS

★

A LAS 24.45 de la noche del sábado, al poeta Joaquín Nicanor Cuerda se le había detenido el Longines de la inspiración, se le había acabado rotundamente la cuerda. En circunstancias en que incubaba la introducción para el tomo XXV de sus obras incompletas en prosa y verso, sobrevino una paralización subitánea del tráfico poético en la zona de las asociaciones y de los reflejos visuales coordinados con aquéllas. En esas circunstancias el vate recordó que, desde la última vez que lo hiciera, llevaba cosa de quince días sin probar ningún estupefaciente. Era muy verosímil que en un cajón del velador quedara el remanente de un gramo de alcaloide, que él solía emplear para acrecentar la productividad psíquica, para acelerar la cadencia poético-motora. Joaquín Nicanor experimentó una necesidad imperiosa, un imperativo categórico de lubrificar los cojinetes a bolas y los engranajes del gran simpático a fin de excitar por reflejo las zonas creadores del encéfalo. El era como los himenópteros: necesitaba libar excitantes con objeto de poder segregar lo que él llamaba pomposamente verbos nobles.

Pero aquella noche se había decretado el paro general en las circunvoluciones, y merece consignarse el hecho de que no hubo ni siquiera una sola tentativa de rompehuelga. Quizá no sea exacta la expresión paro general, teniendo en cuenta que estábamos en presencia de un caso de cesación funcional completa, mientras que dicha expresión supone corrientemente la idea de temporalidad, de continuidad ulterior, de reanudación necesaria del proceso funcional normal. En el cerebro de Joaquín Nicanor, sin embargo, se había producido un colapso total en las zonas mencionadas. La fuerza creadora de sus protoplasmas nerviosos había abandonado las regiones de la imaginación poética. No habiendo hallado un alimento vigorizador en las anfractuosidades de su encéfalo, las células habían desertado del campo de las operaciones pirotécnico-poéticas, lo mismo que esas chivas montesas griegas, que pelan al rape las colinas del Peloponeso y luego se ven obligadas a migrar para continuar medrando.

Joaquín Nicanor ingirió una dosis respetable de estupefaciente, susceptible en circunstancias favorables de asegurarle la secreción de unos cuantos sonetos alejandrinos. Pero esta vez el gran simpático no respondió a su nombre. Si bien es cierto que en el primer momento hubo una algazara insólita entre las células nerviosas, al enterarse éstas de los sórdidos designios del aeda, se comunicaron instantáneamente el dato, y resolvieron no presentarse a la convocación estrepitosa del numen. En verdad, le habían tomado un terror pánico. Cuando volvía a su casa a altas horas de la noche, después de haber deambulado por cafés y por peñas, traía el semblante sombrío y el espíritu predispuesto a las imágenes luctuosas. Las células se espantaban al verle entrar con paso de ratero en su habitación, temeroso de despertar a su musa que dormía en alguna parte de su aposento; se estremecían al verlo desvestirse, al encender su pipa legendaria, al ingerir un vaso preliminar de ajenjo y al extenderse boca arriba sobre la cama para contemplar melancólicamente las volutas azuladas del humo dibujando nebulosas en el aire. Se horrorizaban con plena razón, porque el vate las martirizaba sin piedad. Para redondear una metáfora las sometía a crueles torturas, a tormentos increíbles. Era el Torquemada de la poesía.



Nada tiene al fin y al cabo de extraño el hecho de que las células, cansadas de soportar las infamias del poeta, hayan acabado por abandonarlo un buen día.

Pero Joaquín Nicanor no se inmutó mayormente. Lejos de desesperarse por tan tremendo acontecimiento, creyó prudente consultar a su sencillo sentido común. El sabía que para terminar el tomo XXV de sus obras incompletas no era absolutamente indispensable que él continuase creando por sus propios medios. Hay un sinnúmero de enfermos que necesitan de una transfusión de sangre para seguir viviendo. No era difícil obtener la cooperación de los otros.

Como en fin de cuentas tenía ciertas nociones —aunque vagas— de lo que pasaba en el mundo, no ignoraba que había desocupación en todos los oficios, profesiones y órdenes de la vida. Sabía, o calculaba saber, que en el dominio de la creación poética era dable encontrar brazos inactivos, dispuestos a actuar por un salario mínimo. Joaquín Nicanor no vaciló ni un instante en adoptar la idea de una cooperación ajena y colectiva de la elaboración del tomo XXV de sus obras incompletas.

De allí a pocos días apareció un curioso aviso en la sección de los anuncios clasificados de "La Prensa" (Oficios y ocupaciones diversas — Pedidos. Pág. 3, col. 4):

Ideas y temas poéticos, se compran por unidad o docena. Precios excelentes. - dirigirse J. N. C., Carabobo 1454. Capital.

Al asomarse a la ventana exterior de su habitación, Joaquín Nicanor pudo sorprenderse de encontrar desde las 7 de la mañana una multitud extraordinaria de tipos de los más diversos: ex empleados, ex periodistas, ex peluqueros, ex seminaristas, ex compositores de tangos, poetas crónicos, cómicos de la legua, dos guitarreros cordobeses y muchas otras personas sin profesión definida. Al verle, la gente se abalanzó, ávida la mirada y prometedora de imágenes atormentadas. Cada cual traía su producción escrita; quien hasta dos kilos de manuscritos, y un individuo que resultó ser nacido en Catania, ex peluquero, agitaba con frenesí un rollo de una resma de papel de estraza, donde se desarrollaba un folletín melodramático.

Joaquín Nicanor los citó para el día siguiente, a fin de tomarse el tiempo de seleccionar los materiales favorecidos y poder distribuir la paga.

Apenas se hubieron marchado los hombres, en circunstancias en que Joaquín Nicanor se disponía a revisar las colaboraciones debidamente clasificadas e identificadas con el nombre de sus respectivos propietarios, sonó el timbre con un acento en cierto modo fatalista.

Joaquín Nicanor se encontró en el marco de la puerta con un linyera de presencia inteligente y sufrida como la capota de una victoria de plaza. El linyera le tendió la mano en la que tenía un rollo manuscrito de regular volumen.

Interrogado, el linyera declaró que venía a traerle un manuscrito extraviado que había encontrado hurgando los detritus de la quema.

El manuscrito no tenía título, y parecía tratarse de un diario, a juzgar por el orden en que estaban dispuestas las ideas del anónimo autor. No tenían fecha, pero se hallaban numerados los principales pasajes, en forma de capítulos.

Joaquín Nicanor se apresuró a leer algunos sin comprenderlos, pero firmemente resuelto a incorporarlos a título de originalidad al tomo XXV de sus obras incompletas. Recompensó al linyera providencial con un billete de cinco pesos y se encerró presuroso y exaltado en su habitación, con objeto de saborear sin comprenderlos, los fragmentos del diario breve del poeta que se eliminó probablemente cuando empezaba a comprenderse.

He aquí algunos de los momentos culminantes del sintético diario:

"1. Empiezo a sentir en mi imaginación límpida hasta ayer, los efectos del ayuno prolongado. He salido esta mañana para procurarme algo. Al llegar a la esquina me detuve ante la vitrina de una fiambrería para reponer las fuerzas. La vista de un jamón despertó en mi imaginación una serie de asociaciones a la vez agradables y penosas. Asocié de inmediato primeramente el jamón a un diamante y luego al cortavidrio de un vidriero. Un trozo de cerdo ahumado me sugirió la idea de un cerdo huyendo enloquecido por la puerta de una pieza llena de humo...

" Sin embargo soy incapaz de tomar una decisión práctica. ¿Porqué? Precisamente porque soy poeta.

" 2. Tengo la desgracia — no sé hasta qué punto — de no haber aprendido un oficio, y de no haberme preparado para la vida. He vivido, como casi todos los de mi especie, una vida ficticia, funambulesca. Luego vino el fin de la relativa estabilización del capitalismo, y nos lanzó a la calle a engrosar las filas henchidas de desocupados.

"3. Seré sincero. Lo que otros ocultan, yo lo pondré de manifiesto. Pondré mi alma al desnudo, la expondré en la plaza pública, como un monumento, para que los pajaritos que se albergan en la enramada de los árboles no sientan ningún escrúpulo en blanquearme con sus excrementos...

" Cabe preguntarse para qué servimos en este mundo. Cuando tenemos hambre, nos distraemos cantándole a la luna...

" Y en verdad no es grande sólo aquel que tiene hambre: eso no basta. Sólo será grande aquel que sepa que tiene hambre y porqué tiene hambre. Sólo ése será capaz de reaccionar, de ser hombre...

"6. Yo no tengo conciencia; no sé porqué tengo hambre, ni porqué hay también otros que tienen hambre... Por lo general a nosotros los poetas nos place velar las realidades con un suavísimo manto ideal, que no siempre logra evitar que entre los pliegues estudiados de las metáforas se vislumbre la carroña de una ideología decadente...

"9. He visto entrar a tres desocupados en un restaurant. Estuve viendo cómo pidieron una comida abundante, la comieron con evidente satisfacción y luego se retiraron tranquilamente sin abonar la consumación. Todo esto lo estuve viendo sin llegar a descubrir la íntima ligazón que existía entre la acción de esos desocupados y yo.

"10. A veces pienso en el mahatma Gandhi y me comparo con él. ¿No sería mejor que desapareciera del mapa, para que la India se libertara por medios expeditivos? Abrigo la esperanza de que el ejemplo de mi autosacrificio pudiera llegar a ser útil para los Gandhis de la poesía..."

. . . .

Aquí se interrumpe el manuscrito. Pero, de los materiales que tenemos a la vista, no es difícil deducir que el poeta iba en camino de eliminarse y que, por rara coincidencia, su determinación había de encontrarse en el vértice del ángulo agudo de la muerte con el cateto de su autocomprensión, de su conciencia. Fué no mas que una visión fugitiva, una luminosidad instantánea, de un décimo de segundo, fué una intuición inaprehensible, más allá de la cual se extendía la meseta verde, desolada de la sensación de haber llegado tarde al andén de la estación...





El Pase 15 de Fox

POR

CLAUDE FARRERE

Ilustraciones de Parpagnoli

—SEÑORES — anunció el croupier — la banca está en subasta.

Bromeando el general Brives interpeló al coronel Fox:

—¿Toma la banca, Fox?

Y el coronel Fox, bromeando, contestó:

—¡No es bastante para mí, general!

El coronel Fox rió, el general Brives se puso a reír. Se sabía que el coronel Fox era pobre. Se encontraba en Deauville entre dos trenes; había venido para "ver"...

—... Para perder también mis economías del año...

Breves, riendo, fué indiscreto:

—¿Sus economías del año? ¿A cuánto llegan?

—Cincuenta Luises justos. Helos aquí.

El coronel Fox exhibió su billete. El croupier insistió:

—La banca está en subasta... ¿Cincuenta luises?

—¡Cincuenta luises! — ofreció el coronel Fox.

No hubo otros interesados. El croupier confirmó.

—Hay cincuenta luises de banca.

—Copo — dijo alguien.

Y el coronel Fox, inclinándose, dió cartas.

—No quiero más — anunció el punto.

—Nueve — declaró Fox.

Las cartas hablaban.

—Noventa y cinco luises de banca — anunció el croupier.

—Copo — dijo alguien.

Fox volvió a dar.

—¿Carta? — preguntó el punto.

—Ocho — respondió Fox.

—Hay ciento ochenta luises —contestó el croupier.

—¡Copo!

Las cartas circularon.

—No quiero más.

—¡Nueve!

El croupier recogió la apuesta.

—¡Hay trescientos cuarenta luises!

—Un espectador le observó:

—Serían cuatrocientos, sin la cañota...

Hubo un minuto de descanso. La banca había ganado tres veces; los jugadores no gustan del cuarto pase.

—¡Ha tenido cría, su billete de mil! En su lugar...

El coronel Fox sonrió:

—¿Usted se iría, mi general? ¡Bah! No me coparán, seguramente, esta vuelta. Y, además, puesto que he venido a perder...

Nadie copó, en efecto, ni contra el cuarto pase, ni contra el quinto. Pero los puntos suministraron el equivalente. Y el coronel Fox, que continuaba ganando, no ganó menos.

Al sexto pase, las cartas fueron divertidas: el coronel, que tenía seis, dió un seis y creyó, según la regla, deber sacar él mismo. Le vino un cuatro. Pero el adversario que había sacado cuatro, se había embarcado paralelamente. Se volvió a dar, y el coronel Fox ganó.

—Vuelta a partir, para ir lejos, mi coronel — afirmó el perdedor, convencido.

El coronel había pasado ya siete veces. Pasó ocho veces. Nueve, diez, once, doce, y ahora tenía algo más de veinte mil luises sobre la mesa.

—¡Una linda casa de campo, Fox! — dijo el general Brives, señalando con un dedo la formidable suma. — ¿Qué espera para dejar la partida?

El coronel Fox miró al general Brives:

—Mi general, espero ganar el auto que me lleve.

El coronel Fox sonreía siempre; pero ya no lo hacía con la misma sonrisa de antes.

El croupier trataba de dar coraje a los puntos:

—Hagan su juego, señores.

Alguien, en alta voz, calculó:

—Este es el pase número 13.

Alguien se precipitó:

—¿El pase trece? ¡Copo!

Imperceptiblemente, la mano del coronel Fox tembló. Las cartas se deslizaron, a pesar de todo. El punto, con tres cartas, hizo pierna de reyes.

—Si esto fuera poker — murmuró.

Pero no era poker.

Y hubo, más o menos, cuarenta mil luises delante del ganador.

Entonces el general Brives, por segunda vez, se inclinó hacia el coronel Fox:

—Fox — dijo, serio — ponga atención. Usted gana una fortuna: ochocientos mil o algo por el estilo... Váyase, Fox. No espere la mala. Esos puntos representan millares de millones, y no se cansarán. Es forzoso que usted salte...

El coronel Fox se dió vuelta:

—Mi general, yo había venido a perder...

— —Usted había venido para perder mil francos, pero no un millón.

El coronel Fox vaciló. Esta vez no sonreía más. Pero, justamente en ese momento, un riquísimo comerciante en cueros, que había ya perdido otra vuelta, volvió a entrar en acción:

—¿Todo eso hace unos cuarenta mil luises? — preguntó con una voz que sonaba singularmente vulgar. — ¡Copo todo!

Y dirigiéndose a un amigo, que también había experimentado pérdidas, agregó:

—¡Weiller, usted verá al ejército francés batirse en retirada!

Fríamente, Fox le miró, y dió las cartas.

—¡Ocho! — anunció el comerciante en cueros, triunfante.

Fox no pudo evitar un movimiento de nerviosidad, al dar vuelta su juego. Pero una exclamación saludó su punto: tenía nueve.

—Sesenta y seis mil luises — anunció el croupier, después de haber contado.

—Ya no es una casa de campo, ahora se trata de un castillo histórico — constató el general Brives.

El coronel Fox, azorado, alzaba nerviosamente las cejas.

Y el croupier se había callado.

En tanto, de todas las salas de juego, afluía la concurrencia. En medio de los que llegaban, la alta estatura de Gedeón Nash, comerciante en cerdos de Chicago, sobresalía. Y su voz transatlántica planeó en el silencio:

—¿Qué es lo que hay para hacer?

Fué Fox el que contestó maquinalmente:

—Sesenta y seis mil luises.

—¡Oh! — dijo Gedeón Nash — el más grande golpe de la temporada... ¡Veo!

En ese instante el coronel Fox se levantó. Tuvo la firme intención de rechazar la apuesta. Pero el hombre de Chicago, completando su frase dijo:

—Veo... pero no todo. Treinta mil francos quedan aparte...

Y, desafiando a Fox:

—¿Usted sigue, hoy, coronel? ¡Francia for ever!

Fox, subyugado, se volvió a sentar, dió, e hizo bacará en tres cartas.

—¡Extraordinario! — dijo Gedeón Nash — tengo solamente uno y gano.

El dinero fué empujado hacia el vencedor. Inmóvil, el coronel Fox miró alejarse los tres millones de francos que hubieron de pertenecerle. Le pareció, por encima de los tapetes verdes, ver derrumbarse varios castillos. Pero, cómo se iba, el croupier lo detuvo:

—¡Le restan los treinta mil francos que no se apostaron, mi coronel.

—¿Treinta mil francos?

—Después de todo — dijo el general Brives — usted gana treinta veces su apuesta primitiva.

—Es verdad — dijo Fox.

Pero pensaba:

—Es decir, yo pierdo tres millones.

De estos tres millones perdidos, su pensamiento no pudo apartarse hasta la tarde. Después de la cual, habiéndose vuelto la obsesión insoportable, el coronel Fox, que había venido a perder mil francos a Deauville y había ganado treinta mil, no pudiéndose resignar, se quemó el cerebro de un tiro.

Bibliografía

LOUIS FERDINAND CELINE. — Voyage au bout de la nuit. Edit. Denoel et Steele.

¿Viaje al fondo o a la punta o al fin de la noche? El libro de Céline desemboca en la aurora, hacia la página 621. Pero entretanto nos ha llevado hasta el fondo de la noche. La guerra. Africa. Nueva York. La fábrica Ford. Raney, en las afueras de París. Toulouse. París. Otra vez las afueras, esta vez en un manicomio. El miedo, la cólera, las fiebres del trópico, la crueldad inútil, el hastío, las enfermedades y, después, decididamente, la traición y el crimen.

Apenas si podemos señalar un trozo poético, sobre las viejas canciones populares, en la página 449. Y algo de elevación en la horrible ineptitud con que el protagonista — Ferdinand — trata de enjugar la agonía de su amigo Robinson: "A uno le falta casi todo lo que es preciso para ayudar a morir a alguien. En esos momentos es un poco doloroso haberse vuelto tan pobre y también tan duro como uno se ha vuelto", dice en la página 613.

En realidad, Ferdinand está obsesido. Ya no ve más que el lado malo de todas las cosas. Cuando se le acerca un amor tierno y reconfortante, huye, pone el mar en medio de su vida y la tristísima de Molly a quien ya no volverá a encontrar nunca. Para hacer esto no tienen ningún motivo especial. Ni falta que le hacen. No cree en la juventud, que le parece solo "un impulso de envejecer" (pág. 356), ni en el amor, ni en las mujeres. Está desesperado y confuso, ávido de llegar al fin de la noche que lo rodea por todas partes, de una noche maciza, húmeda y aplastante que forman con su aliento, con sus vicios, con sus pasiones más secretas y repugnantes, puestas al desnudo, seres mezquinos, que planean asesinatos, abortos y todo género de avaricias e incansables podredumbres.

El estilo mismo de Céline, no sale de este plano. Su libro tiene la entonación del bajo pueblo. Cuando no utiliza el argot, sigue adaptando su sintaxis a su estilo, hasta para hablar de Montaigne y Plutarco, como ocurre en la página 358. Esa entonación del bajo mundo en que se debaten compañeros de armas muertos, como él, de miedo; traficantes sensuales y sádicos de Africa monotonía insoportable del trabajo en serie, prostitutas yanquis; tuberculosos de barrio; cretinos de hospicio; médicos alienistas tan locos como sus pacientes; componedores inconfesables; ocultación de secretos espantosos; visión de vapuleos infames.

Céline tiene una mirada agudísima para la fealdad. La descubre en todo. Si habla de un parque de diversiones es para detallar no sólo sus fealdades, sino también su falsedad: "automóviles que no lo son, montañas rusas que tampoco lo son, luchadores que no tienen biceps y que no vienen de Marsella, la mujer que no tiene barba, el mago que es cornudo, el órgano que no está hecho de oro, atrás del tiro donde los huevos de muestra están vacíos", dice en la página 381. Si se acuerda de los niños que están en el parque, es para señalar un detalle cruel: "Creen que es por gentileza que las personas grandes, atrás de los mostradores iluminados incitan a los clientes a regalarse con las maravillas que amasan con sus vociferantes sonrisas. No conocen la ley, los chicos. Es a bofetadas que sus padres les enseñan la ley, los previenen contra el placer. No saben aún, esos chicos, que todo se paga". (Página 386).

En este libro se llega al "que me importa" universal, al colmo del "que me importa" más amargo y doloroso. Los fantasmas que circulan en la noche, ávidos de carroñas y toda especie de podredumbre, se han vuelto meros autómatas, a fuerza de estar saturados de un sufrimiento sin nobleza y sin consuelo y sin esperanza. Todo lo que se llama sentimiento o emoción, no es útil a su vida ansiosa de larvas que hasta al placer llegan envueltos de sombra, como quien sucumbe a la poco durable delicia de un olvido.

Sólo dos toques de luz encontramos en esa noche espesa, poblada de palabras indignas y malos olores: la final, tímida aparición de la aurora, cuando Ferdinand está al lado de Sofía y cerca del pobre Gustavo, el único ser que lo admira, que se atreve todavía a admirarlo en el mundo y la vez en que se despide de Molly. Describe así ese instante, en la página 294: "Besé a Molly con todo lo que me quedaba todavía de coraje en la osamenta. Sentía pena, de la verdadera, por una vez, por todo el mundo, por mí, por ella, por todos los hombres".

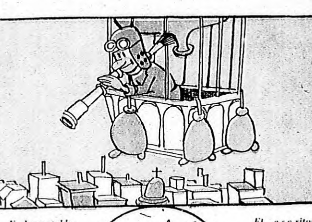
Porque el fondo liso y llano y emocionante de Ferdinand, a pesar de todas las complicaciones exteriores, no es más que eso: el de un hombre apenado, a quien la vida le ha quitado hasta el coraje de expresar su pena.

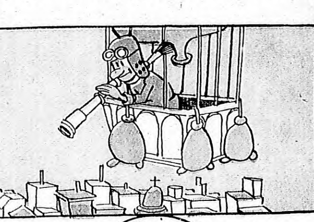
F. P. de M.



VOCES
POR
PEDRO HERREROS







NUNCA la mujer ha sido más descabellada que ahora que se ha cortado el cabello.

★

El capital es una falacia. Con todo el dinero que hay en el mundo no se hace una casa. Ni un par de zapatos. Ni nada. Inteligencia y mano de obra. Eso es el capital.

★

El Arte no puede estar al servicio del comunismo. Es el comunismo el que debe estar al servicio del Arte.

★

Honestidad, honradez, conducta: he ahí el lastre que no deja ascender a quien lo posee.

★

La criolla es un tipo de mujer que, aun siendo pobre y teniendo animales, tira el pan duro a la basura.

★

En la época de Virgilio había Mecenas. En la nuestra sólo hay mecomes.

★

Algo huele a podrido en mi país.

★

Una cosa es ser letrado y otra cosa es entender de letras. En cuanto a un letrado le empiezan a gritar las letras, termina por abandonar la carrera. (Los casos se repiten desde Moliére hasta Capdevila).

Es lamentable el apresuramiento que sienten algunos jóvenes por escribir y hasta por acabar su vida. Nunca he sentido ni he tenido apuro por ir a ninguna parte. Ahora sé que Teofrasto escribió sus Caracteres a los noventa y tantos años.

★

El escritor, siendo capital, no tiene representación en el Capital; siendo mentor y guía, no tiene representación en el gobierno. La situación del escritor, en el Estado capitalista, no puede ser ni más ridícula ni más infeliz.

★

Ilustración de Rodriguez

El hombre saluda cordialmente. El militar saluda automáticamente. Como un muñeco que se acabara de comprar en esa trágica juguetería que es el cuartel.

★

Una cosa es la Justicia. Otra cosa es la Instrucción Pública. Ministro de Instrucción Pública debe ser un maestro. Un educacionista. Un pedagogo. Un humanista. Nunca un abogado.

En Buenos Aires a nadie se le puede preguntar por su madre por temor a una mala contestación.

★

El escritor concreta. El periodista hincha.

★

Indudablemente, el militar no es un producto de la Tierra. Pertenece a Marte. De donde nunca debió salir.

Las profesiones se parecen a las ganzúas en que sirven para sacar dinero.

★

El que sigue la carrera militar como "modus vivendi" es un vividor; y el que la sigue, sintiéndola, es un tipo peligroso al que habría que poner a buen recaudo.

★

Un padre honrado con el corazón lleno de amargura le decía a su hijo: "En la vida hay que ser cordero o lobo. Elige".

★

Ford es un fabricante de automóviles. Un cuartel es una fábrica de autómatas.

★

Llegará el día en que los militares harán acto de contricción. Y se dirán: "¿Es posible que hayamos venido al mundo para matar a nuestros semejantes? ¡Es horrible! Más noble sería que nos matásemos nosotros mismos. Y se suicidarán todos.

★

Gobernar es poblar (Alberdi). Gobernar es cargar de impuestos y de patentes al que trabaja (Un gobernante conservador). Gobernar es matar obreros (Un político).

★

Darwin descubrió el origen del hombre mirándose al espejo.

★

Tener o no tener. Es el problema.

JUECES RAROS
por
JAMES GREENWOOD

ILUSTRACION DE GUEVARA

★

EN el Oeste de Africa, prevalece aún el sistema de ordalias, ejerciendo gran dominio sobre sus habitantes. Cuando una persona muere, o cuando se ha cometido algún robo importante, se acude inmediatamente al mago o hechicero de la tribu, a quien se le llama Quimbanda, para que, por medio de sus sortilegios, descubra a la persona culpable.

Estos "adivinos" poseen varios métodos, según ellos, para descubrir a lo culpables. De entre un sinnúmero de ellos, Valdez, el conocido explorador, ha seleccionado los siguientes: 1o. Quirigué Mená, o la bebida de la verdad. 2o. Mamangué Ombo, o la sangre de oveja. 3o. Ganazambi Mutchú, el Dios, o el bastón del fetiche. 4o. Quiriqué Tubia o el fuego de la verdad.

El primero, Quirigué Mená, es un líquido extraído de la corteza de la ensaca, una porción del cual se administra a varias de las personas presentes. Si el mago tiene algún resentimiento contra alguna de ellas, o sospecha de su culpabilidad, mezcla la porción destinada a dicha persona, con algunas drogas deletéreas, lo que le causa grandes dolores, interpretándose las contorsiones a que estos dolores la someten, como pruebas concluyentes de su culpabilidad.

El segundo, Mamangué Ombo, es como sigue: se degüella a una oveja y se da a beber su sangre a determinadas personas. Si hay alguien que se descompone al beberla, o cuyo estómago la rechaza, es declarado culpable y tratado conforme a las leyes correspondientes. Pero se supone, como en el caso anterior, que la sangre ha sido mezclada con otros ingredientes, para producir los síntomas deseados por el hechicero.

El tercer juicio, Ganazambi Mutchú, o el bastón del fetiche, consiste en un palo, en cuyos extremos se ha atado una campanillita. En el momento oportuno, el mago lo arroja diciendo que el palo indicará el sitio en donde se encuentra el culpable. Siempre tiene a mano alguna plausible excusa por si la prueba le falla.

El cuarto, el Quirigué Tubia, o el fuego de la verdad, es el más severo, pues, si se sospecha la culpabilidad de alguna persona, ella y su entera familia son sometidos al juicio, que se desarrolla en la forma siguiente: el mago aplica un hierro candente a cualquier parte del cuerpo de cada uno de los individuos y el que soporta sin desmayar, el dolor más intenso, es absuelto. Muchas veces el jefe conmuta la pena de muerte por la del destierro, pasando los bienes y la familia del criminal al dominio de los herederos del asesinado. La pena de esclavitud se adjudica a aquellos que no tienen esposa o propiedades con que indemnizar a la parte injuriada. En el Este de Africa, también hay infinitos "juicios" para cada grado de criminalidad. Veamos algunos:

El kirapo ya zoka, la prueba del hacha. El mago que preside el juicio, toma la mano del supuesto ladrón o criminal y le obliga a repetir lo que sigue:

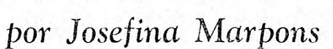
—Si yo he robado la propiedad de... (nombre del damnificado) o cometido este crimen, responda Mulungo (el cielo) por mí: pero si no he robado ni cometido ninguna maldad, sálveme Dios. — Después de estas palabras el hechicero pasa el hacha candente cuatro veces sobre la palma de la mano del acusado; si el Wakamba lo cree culpable, su mano se quema, pero si es inocente, no sufre daño alguno.

Kirapo a jungu ya Guandu, la prueba del caldero de cobre. El mago toma un caldero de cobre, vacío, lo pone al rojo y echa en su interior una piedra llamada Mango, la que lanza chispas. En seguida le agrega una parte de una cabra degollada, diciendo al acusado: "Hera lomboe" (ven) a lo que aquél responde: "Permita Dios que se me haga justicia" y toma con su mano la piedra candente. Si es culpable, su cara y su mano se queman; si es inocente, no le sucede nada.

Kirapo ya Sumba, el juicio de la aguja. El mago toma una gruesa aguja, la pone al rojo y traspasa con ella los labios del criminal. Si es culpable, mucha sangre sale de su herida, pero sus labios permanecen secos si es inocente.

Kirapo ya Hikahi, la prueba del trozo de pan. El acusado se ve obligado a comer un trozo de pan envenenado. Si es inocente, lo traspasa sin novedad; pero si es culpable, el pan se le pegará a la garganta, y no se podrá extraer sin producir un dolor agudo y una considerable pérdida de sangre. A menudo se reemplaza el pan con arroz.

En estas ocasiones, el mago recibe una pieza de género, del acusado y del acusador, a manera de recompensa.



UN LINDO SERMON
Por ANTON CHEJOV

★

EN el siglo V, del mismo modo como hoy en día, el sol salía todas las mañanas y se ocultaba todas las tardes. Cuando sus primeros rayos besaban las plantas cubiertas de rocío la tierra revivía, el aire se llenaba de regocijo y de esperanza; de noche esta misma tierra enmudecía y se hundía en la oscuridad.

Los días y las noches se parecían los unos a los otros. De vez en cuando en el cielo aparecían nubes y retumbaban furiosos truenos, o alguno de los monjes volvía al convento, contando a la cofradía que había visto un tigre en las cercanías de aquél.

Los monjes trabajaban y rezaban, mientras su viejo prior tocaba el órgano, hacía versos en latín y componía obras musicales. Este maravilloso anciano poseía un don poco común: tocaba el órgano con tal arte y maestría que llegaba a hacer llorar hasta a los monjes más viejos y medio sordos por la edad. Aún hablando de cosas vulgares, por ejemplo, de los animales o de los árboles, solía conmover a sus oyentes. Cuando se enojaba o se alegraba, cuando hablaba acerca de algo horrible o sublime, todo su ser se trasformaba bajo la influencia de una fuerte emoción, sus ojos se llenaban de lágrimas, su rostro se encendía, su voz vibraba. En semejantes momentos el poder que ejercía el prior sobre sus monjes era infinito: si les hubiera ordenado que se arrojasen al mar, hubieran cumplido su voluntad sin vacilar un solo momento.

Pasaban decenas de años y ni un alma humana aparecía en los alrededores del monasterio, separado del resto del mundo por un desierto, casi imposible de atravesar.

Cuál no sería el asombro de los monjes al oír una noche llamar a la puerta del convento. Al abrirla se vieron en presencia de un hombre, un vulgar pecador, amante de la vida. Les explicó que había ido a cazar, bebió en demasía y se perdió. Antes de pedir la bendición al prior, el forastero reclamó vino y comida. Una vez satisfecho de su hambre y sed echó a los monjes una mirada impregnada de amargura y de sorna y les dijo:

Según parece, ustedes se pasan la vida sin hacer nada, comiendo y bebiendo. ¿Acaso es este el modo de salvar el alma? Mientras ustedes viven aquí en plena tranquilidad, soñando con la salvación de sus almas, sus prójimos se debaten y luchan en medio de la depravación y van al infierno.

Fíjense en lo que pasa en los grandes centros de población: unos mueren de hambre, mientras que otros, poseedores de excesivas riquezas, se hunden en la perversión y perecen. Ninguno de ellos conoce la fe ni la verdad! ¿Quiénes son los que necesitan salvar sus almas y recordar el indispensable nombre de Dios? ¿Por ventura nuestro Señor depositó en ustedes su misericordia y les dió la fe para que lleven la vida holgada sin preocuparse de la salvación de la humanidad?

Las palabras impertinentes y agresivas del ebrio ejercieron una gran influencia sobre el ánimo del prior. Al oírlas éste palideció y se dirigió a los monjes, diciéndoles:

—Hermanos, el hombre tiene razón. Es cierto que mientras la infeliz humanidad, debido a su ignorancia y su debilidad, perece en la depravación presa de todos los pecados y del ateísmo, nosotros no nos interesamos en ella. Deberíamos acudir a su ayuda y hacerle recordar la santa palabra de Dios, olvidada desde hace mucho.

Lleno de entusiasmo, el anciano tomó su báculo, se despidió de la cofradía y se encaminó a la ciudad.

Pasó un mes, luego otro y el santo padre no volvía. Por fin, trascurrido el tercer mes después de la partida del prior, los monjes oyeron los golpes familiares de su báculo. Apresuráronse a recibirlo y lo acosaron a preguntas. Pero, por toda respuesta, el anciano rompió a llorar. Los monjes lo acompañaron en su llanto, aunque sin saber su causa. Notaron que su prior había adelgazado y envejecido mucho y que su rostro reflejaba honda pena. Preguntáronle la causa de su pesar y congoja pero el anciano se encerró en su celda, sin contestarles nada. Pasó siete días sin comer ni beber, llorando continuamente y dejando sin respuesta todos los ruegos de los monjes.

Por fin salió de su voluntario encierro y, rodeado en el acto por la cofradía, empezó a narrar lo que había sucedido durante su larga ausencia.

Mientras describía su viaje desde el convento hasta la ciudad, su voz era serena y sus ojos sonrientes. Por el camino, decía, escuchaba las canciones de los pájaros y el gorjeo de los arroyos, que llenaban su alma de dulce esperanza y de regocijo. Se sentía héroe, semejante a un guerrero que va al combate, confiado y seguro de la victoria; caminando componía versos y se entregaba a los sueños y de esta suerte, sin darse cuenta, llegó al término de su viaje.

Cuando el anciano empezó a hablar de la ciudad y de sus habitantes, sus ojos se encendieron de ira y su voz se endureció. En su vida había visto nada semejante y ni siquiera podía imaginarse que existiera... Sólo ahora había comprendido toda la omnipotencia del diablo, toda la infinita hermosura del mal y toda la debilidad y la miseria de los hombres...

Dió la casualidad que la primera casa en que penetró al prior al llegar a la ciudad, fué un antro de alegría. Unos cuantos hombres, ricamente ataviados, comían y bebían vino. Todos estaban ebrios y cantaban y gritaban a voz en cuello palabras soeces y repugnantes. Libres, fuertes, felices, no temían a Dios ni al diablo, ni a la muerte; estimulados por la voluptuosidad y la gula, hacían y decían lo que les daba la gana. El vino cristalino y chispeante de oro era, sin duda muy atrayente, pues el que lo bebía, sonreía con beatitud y pedía más. El líquido de color de ambar, respondía a las sonrisas de los hombres, echando alegres chispas, como si conociera el poder diabólico que ejercía sobre ellos.

Presa de la más viva indignación y llorando de ira, el anciano seguía describiendo lo que había visto en aquella casa.

Sobre la mesa — decía— estaba de pie una mujer semidesnuda, de una hermosura perfecta. Esa cortesana joven, con guedejas rubias, ojos negros y labios rojos y voluptuosos, privada de pudor y de decoro, enseñaba su bello cuerpo que parecía esculpido en mármol, y delirante de amor sonreía mostrando sus dientes de perla, como si quisiera decir: "mirad qué hermosa y desvergonzada soy". La seda y el tul envolvían en graciosos pliegues sus hombros de alabastro, pero la corruptible belleza se resistía a quedar oculta y trataba de salir de entre los tejidos... La mujer bebía vino, cantaba, reía a carcajadas y se entregaba al primero que la solicitaba.

Alzando los brazos al aire y lleno de indignación, el prior describió luego las carreras de caballos, las corridas de toros, los teatros, los estudios de los artistas que pintan y esculpen mujeres desnudas...

Hablaba con entusiasmo y elocuencia y, los monjes, extasiados, lo escuchaban con sumo interés. Después de haber descripto todas lss seducciones a que era capaz el diablo, la hermosura del mal y la atrayente gracia del detestable y repugnante cuerpo de mujer, el anciano echó su maldición a todo aquello y volvió a encerrarse en su celda...

Cuando salió de ésta al día siguiente, no encontró ni un solo monje en el convento: todos habían huído a la ciudad.

PERU Y AVENIDA
por Josefina Marpons

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

FLORIDA —porteña que se viste de París. Artificiosa, frágil e inconstante, sólo ofrece el paisaje variable de sus vidrieras. En las ochavas redondea las líneas angulosas de su silueta ultramoderna. A las ocho y treinta abre los ojos de cristal.

Un observador se instaló en mitad de la acera para verla despertarse. Estoico, resiste los empellones de una multitud atareada, que califica de vulgar, ignorando que él sólo se distingue por su aire de no tener apuro.

Los vehículos que se alinean en la Avenida de Mayo depositan su carga en Florida y ésta se apresura a absorberla. Colectivos, ómnibus, subterráneos, entregan miles de personas al observador, quien concluye por encontrar que todas se parecen.

—¡Amigo! ¿Levantado a esta hora?

—Señorita, [illegible] usted. Empezaba a sentirme neurasténico ante tantos chambergos grises.

—Como el suyo...

—El suyo no lo veo.

—Presumo que está en amores con una empleada — que esos amores son recientes, puesto que aun madruga para verla; — pasado el primer mes, los pretendientes sólo aparecen a horas razonables...

—Pues se equivoca, señorita. He venido a documentarme. ¿No sabe que soy periodista ahora?

Siempre supuse que su afición a escribir lo llevaría por mal camino.

—El secretario de redacción acaba de enterarse de que existen más de cien mil empleados..

—Sin duda lo leyó en otro periódico. Beneficios del canje.

—...y sostiene que debemos sacar algún artículo que les interese, para aumentar la venta de nuestro diario.

—Proletariado. ¡Cuántos negocios se realizan en tu nombre!

—Si descubro en este ambiente lo que el secretario llama un problema social, no es un artículo, sino un libro lo que haré.

Ahora la señorita contempla con seriedad al escritor. Es una chica parecida a todas las que pasan, en el color de las medias, en el tono del "rouge", en la silueta esbelta. Comprende que las manos de su amigo pueden moldear las almas de criaturas que ignoran su propia heroicidad.

—Le dan un campo inexplorado — dice — descúbralo. Nadie ha estudiado con seriedad este medio.

—Gente incolora...

—¡Trabajadores!

—No lo parecen...

—Esa es su labor: descubrir miserias bajo nuestra elegancia "standard".

El observador la mira detenidamente, desde el sombrerito que parece complemento del peinado, hasta los tacos, absurdamente altos.

—Pero usted está empleada?



—Lo oculto cuidadosamente... Guárdeme el secreto: sólo lo saben quinientas colegas. Y unos veinte mil clientes. El viejito que me saluda es el decano de la casa. Treinta años de servicios. Hace poco le dieron a elegir entre la cesantía o una considerable reducción del sueldo.

—¡Habrá renunciado!

—Aceptó la rebaja como premio a la constancia. Ningún otro comerciante lo emplearía a su edad... ¿No me escucha?

—Perdón. Miraba a esa elegante chica de negro.

—La conozco. Vendedora. Várices.

—¡Qué desagradable manera de describir!

—No creo en el ingenio. Oscar Wilde lo agotó. En sus libros se encuentran todas las frases felices que improvisamos.

Mira la rubia que se acerca. Viene ilusionada a comprar adornos que luego lucirá en una fiesta.

—Compañera de tareas. Gana setenta pesos.

La sigue un señor elegante, sin duda su admirador.

—Es el jefe. Tiene un sueldo siete veces mayor que ella, por lo cual está autorizado a gritarle en cualquier momento.

La calle con paredes de cristal se va llenando de gente. Casi nadie sonríe. Las parejas cambian la última frase. Los bromistas preparan con aire grave el chiste que luego correrá por todas las oficinas.

8.45. — Dos chicas descienden de un ómnibus en la Avenida de Mayo y atraviesan Florida corriendo. Al verlas, todos los empleados apuran el paso sin mirar el reloj.

—¿Qué sensación de poderío sentirán los señores que cada mañana, al despertarse, saben que movilizan tantas personas?

—Ah, sí... las fuerzas vivas. Cuando disminuyen sus ganancias dicen que pierden.

El observador se sorprende, pero ya no se atreve a hacer preguntas, temeroso de las contestaciones desilusionantes de su amiga. Esta continúa:

—¿No conoce el lenguaje figurado del comercio? A despedir empleados se le llama necesidad de hacer economías. Tomarlos, contribuir a la prosperidad del país...

—Un amigo mío, escritor sin suerte, redacta avisos. Y afirma que la propaganda es la poesía de los negocios.

—Será porque en ella se miente tanto.

—¿También trabaja esa señora con aire de dignidad ofendida?

—Ante un desastre sentimental se refugió en el arte fotográfico como en un convento. Odia a las mujeres bonitas, pero embellece sus retratos para conservar la clientela.

El sol pone un detalle luminoso sobre tantas vidas opacas. Ahora no lo ven. Lo recordarán más tarde, cuando la luz artificial fatigue la vista y el encierro prolongado pese sobre los pulmones.

—Ante esta muchedumbre elegante y atareada, pienso que los izquierdistas nunca contarán con las cien mil personas de que me habló el secretario de redacción.

—Los empleados son obreros disfrazados de burgueses.

—Hay un cincuenta por ciento de mujeres: las cabezas onduladas no piensan.

—La afirmación de usted es tan artificial como nuestros rulos.

—Frases.

—De ellas vive usted.

—Los poetas huyen de la verdad...

—Los periodistas la inventan.

—...yo, escritor, quiero encontrarla.

La señorita sonríe escéptica. Lo ve observar con la serenidad de los viajeros ilustres que definen nuestra psicología pocas horas después de haber desembarcado en Buenos Aires. Y teme que, como ellos, traiga el libro escrito.

—Le ofrezco un título para su obra, bien largo, como ahora se usa: "Memorias de un porteño que a los treinta años descubrió la calle Florida".

—No tiene otro defecto que ser demasiado claro.

—¡Horror! ¡Le dirán pasatista! Tome otro: Recortes en la atmósfera gris.

—¿Y esta mañana luminosa?

—La nubla de una plumada.

—Idea genial... ¡el sol es tan cursi!

—Resuelvo detestarlo. Por eso, ahora mismo voy a encerrarme en mi oficina.

—¡No me abandone todavía!

—Vendí mi libertad por cien pesos mensuales...

—¿Autoriza una pequeña indiscreción? Usted es una señorita inteligente, comprensiva...

—Los hombres empiezan así cuando van a decir algo atroz.

—Pues bien: ¿por qué teniendo tan mezquinos sueldos se visten ustedes con lujo?

—Preparando el porvenir. No esperamos más ascenso que el matrimonio.

—¿Y los hombres?

—No es eso. Note el contraste entre su aire de resignación y el nuestro, animoso. ¿Que al final nos casamos con un colega? Primero hemos soñado con el ser milagroso que ha de sacarnos de atrás del mostrador. No piense usted que tenemos haraganería: es que el trabajo sigue siendo una maldición divina.

—Porque no han aprendido a amarlo.

—O porque el esfuerzo no recibe la retribución debida.

—Permítame imaginarlas desinteresadas y románticas. Trabajan por la alegría de saberse independientes.

—Comparto el pupitre con una señorita que se empleó a los veinte años. El padre se había enfermado y era precisa cubrir el presupuesto hogareño... después tuvo un novio... uno de esos buenos muchachos que adquieren en la escuela comercial conocimientos equivalentes a cuatro pesos diarios... Han pasado diez años. Uniendo los dos sueldos se podrían casar... pero el padre sigue enfermo y el círculo de obligaciones se cierra y el noviazgo se convierte en otra rutina más. Ella es cualquiera de estas chicas, cuyo fracaso, señor observador, no ha podido notar desde su atalaya. Historia vulgarísima, indigna hasta de ser comentada con ritmo de tango... Lo deploro. ¿Qué quiere usted? No disponemos de tiempo para crearnos problemas complicados...

9.5. — Ya en su puesto, la Señorita discute con su compañera por la posesión de un lápiz que pertenece a la empresa. Los oficinistas se han colocado mangas negras y el personal de venta, sonrisas. Los maniquíes ofrecen actitudes estilizadas que nadie mirará.

La calle quedó desierta. El observador aspira con avidez el aire mañanero que huele a sol. Sólo recuerda una de las frases de su amiga: "también usted tiene sombrero gris". Dispone de tres horas que empleará en elegir un chambergo... Está encantado de su excursión. Constató que las porteñas de cualquier medio social son exquisitas. Conclusión consoladora para un mozo que, además de ser patriota, no puede viajar. Se promete mostrarlas al público en páginas dignas de su gracia.

¿Cómo crear una trama intensa entre gente que no tiene problemas? ¡Si al menos pasaran hambre!

Envidia a los literatos rusos. Ellos disponían de isbas ruinosas, deportaciones, nieve...

A él, ¿quien le creerá si dice que hay miseria en estos edificios magníficos?

Desea escribir una novela intensa. Posterga su realización para cuando pueda visitar hospitales, tabernas...

—Porque, decididamente, los empleados tienen la vida resuelta.

BAILARINAS



DORA la Cordobesita: menos de veinte años, según dicen. Pequeña, bien de carnes, duramente encorsetada.

En el fandanguillo de Huelva. Toda de negro, con un puñado de rosas rojas sobre la cadera.

Su sombra negra sobre las tablas lívidas de luz eléctrica. Su sombra negra. La noche del vestido y del fieltro, la noche de la sombra del fieltro sobre los ojos, la noche de las duras sombras negras con las cuales la electricidad corta la parte baja de su rostro, y el aire de la música, sombrío como la noche. La lentitud, la opresión de este aire. Cante jondo. Debería existir la palabra "baile hondo", para las danzas como el fandanguillo de Huelva.

Dora la Cordobesita golpea apasionadamente con los talones, avanzando apenas, casi inmóvil, con los brazos bajos, atravesados por las vibraciones de las castañuelas; como pájaros desatados en el crepúsculo, con las caderas temblorosas del temblor infinito del oleaje marino. La fuerza del cuello. La fuerza del golpear de los pies, con la música en sordina, desvanecida; la fuerza del golpear de los pies, que estremece, que da deseos de llorar. Y este estremecimiento sobre un mismo lugar tiene el aspecto del estremecimiento paralizado del pájaro que fascina un buitre; y sus ojos totalmente abiertos, mirando fijo delante suyo; viaja, aprisionada en su danza, hace un viaje vago, con un aire de exultación coagulada. Como los planetas, su gran órbita alrededor de la escena, engendra a veces pequeñas órbitas; entonces sus brazos se levantan como alas, semejando desatar los pies con ese gesto, y ella hace tres largos pasos libres, tres pasos de mujer, que los brazos ondulantes parecen haber facilitado. Todo sin que su rostro cambie, y estrechada por sonidos patéticos.

Este fandanguillo de Dora la Cordobesita, pequeña cantante de coplitas, que fuera de esto no es nada, esta danza, y después algunos instantes de Custodia Romero, es lo que yo he visto de más hermoso, de una mujer en escena.

Y ello perdura en mí profundamente.

La Argentina

Basta con nombrarla.

Custodia Romero

Menos de veinte años, también. Gitana. Bella. Improviso algunas blasfemias en su honor.

De pronto, detrás del escenario vacío, un pequeño llamado de castañuelas, como el llamado de un pájaro en el bosque, como un pájaro que escucha su lamento.

Cuando ella se arrodilla, su vestido da vueltas a su alrededor, barriendo el escenario con el movimiento mismo de las olas. Y, ahora, una rodilla en tierra, todo su vestido desplegado en campana a su alrededor, se mueve sobre el mismo sitio, parecida a una fuente inagotable.

Esta Custodia, es una flor salvaje. Nada de "europeo". Nada de análogo con la danza sabia de una Argentina. Es una inspirada, por algún tiempo todavía. Felizmente para su arte, no ha salido de España.

Pastora Imperio

La he visto solamente una vez, en un gran music-hall de París. Pastora Imperio, célebre en toda España y en la América del Sur. Un escritor español, que no era escritor y que no era español, la había llamado "la madona de los ojos verdes". No tenía nada de madona y sus ojos no eran verdes.

Al principio cantaba flamenco y sorprendió. La orquesta se arrastraba en la persecución del canto, una de esas "buenas" orquestas parisienses, tan incapaces de tocar música popular española, como de ejecutar la novena sinfonía. La madona, o mejor la matrona de ojos verdes, alcanzaba entonces ese momento difícil en el cual un hombre puede salvarse de la fealdad de la edad por la inteligencia que ha permanecido sobre su rostro; ¿pero qué hacer cuando se es mujer? Su voz era a la vez ronca y gangosa. Cuando se puso a ejecutar su danza de caderas, el público no se contuvo más. Una vasta carcajada, abierta, sin piedad, hizo ondular la sala.

He aquí lo más cruel: Volví al día siguiente. Un instante antes de que Pastora interpretara su canto flamenco, de intenciones emotivas, un hombre de librea trajo sobre el escenario un cartel que decía: "Canción cómica". A fin de que el público pudiera reirse sin preocupaciones.

La Macarrona

Tiene quizás sesenta años. Hizo las delicias de nuestra Exposición, en 1900. Pero tiene aún fuerza, alegría, y, delante de las sonrisas y las risas (llenas de simpatía sin duda, pero aun así...) un gesto de desafío al levantar la cabeza, de un orgullo emocionante. Se la ama menos cuando, al dar vuelta la espalda al público, desencadena una especie de maelstrom de sus nalgas. Esta única contribución de la danza oriental a la española me parece francamente horrorosa.

La Macarrona ha vuelto a entrar a la sala, y va, de mesa en mesa, haciéndose ofrecer copas, a la manera usual en estas damas; cuando pasa, yo levanto la nariz y aspiro el olor de su pasaje, como hacen los perros sin educación. Sentada cerca de nosotros: "Ahora que soy vieja..." dice la Macarrona, y todos se callan. Como una beduina, una mujer del desierto, toca los vestidos de una turista europea, ella pasa su mano sobre el chal de mi compañera. Me mira — a mí, y no a la que lleva el chal: fineza y grosería mezcladas — arquea los ojos y dice: "¡Qué lindo es!"

Desencadeno el entusiasmo de la Macarrona, cayendo en el estilo florido, caro a su provincia: "¡Viendo un tan gran número de bellezas irradiantes, no estoy ya asombrado de encontrar tantos ciegos en España!"

Esta ocurrencia, repetida de mesa en mesa, me vale más honra que si yo hubiera escrito la Divina Comedia.

Tres veces, con el objeto de inmovilizar mi mano para encender su cigarrillo con el mío, me toma y me apreta la muñeca. Y como, la última vez, yo tenga una especie de retracción, es preciso ver torcerse su otra mano, de irritación. ¡Ah!, ciertamente, esta es una raza apasionada.

Todo esto bajo la mirada de la otra.

En un álbum, yo la he visto de veinte años. Una encantadora y pequeña cotorra, de nariz curva.

Isabelita Ruíz

Había llevado a G. con la señorita L. a L'Empire, un cuarto de hora, para ver a Isabelita Ruiz:

—Estoy triste porque no oigo la voz de mi pueblo...

G. había tomado, yo no sé dónde, al pasar, a la señora S. Yo miraba la bailarina, la mujer estival, y su espalda llena de cantos, y la amaba, "porque estoy triste". Solamente G. no aplaudía. Hasta se dió vuelta y dijo:

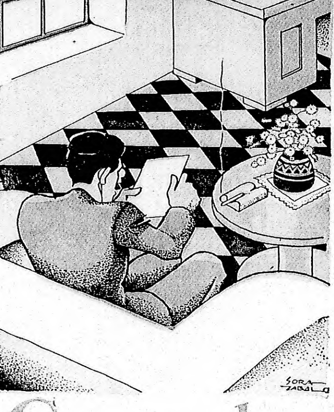
—Ella hace remover todo lo que no es necesario. Y las damas lo atacaron, porque la mujer estival es bella, y una flor de feminidad. Yo no decía nada: lo que aprisiona mucho mi corazón no me gusta conversarlo. Pero perdía mi placer al sentir que no era compartido, que había dentro del estrecho espacio de aquel palco alguien que ponía en duda el que fuera fundado.

"Yo estoy triste, yo estoy triste"... ¡Cómo detesto lo que no amo!

En toda la velada no había cambiado una palabra con la señora S. Había hablado, incluso, cuidando de no mirarla, porque ella es parienta de alguien que no me quiere, y yo temía, si la miraba, que alguna cosa odiosa se me escapara. Pero ahora aquello no existía, ella era solamente una mujer, hermana de la mujer estival, y amándola, y diciendo que ella la amaba cuando cerraba los ojos. (Dora la Cordobesa, también cerraba los ojos como los cierran los leones). Y, en el auto, regresando, crispado, yo le hablé, y el resto estaba olvidado, y nosotros estábamos en el mismo terreno, porque ella amaba lo que yo amo, y lo que yo amo en este momento es Isabelita Ruiz, y su estar triste "porque no oigo la voz de mi pueblo".

HENRY DE MONTHERLANT

ILUSTRACION DE GUIDA



Consulta

★

Por Enrique Puga Sabaté

Ilustración de Sorazábal

CUANDO una desdibujada mañana de enero el "valet de chambre" subió el desayuno al doctor Rowers, éste se hallaba en su amplio laboratorio, ocupado en examinar un cultivo microbiano con el microscopio. Al propio tiempo, el sirviente dejó una bandejita de laca roja en la que había depositada una carta. De inmediato se retiró sin pronunciar palabra, tan silencioso como una sombra.

Era el doctor Rowers un médico psiquiatra de renombre, vastamente conocido en los círculos científicos de Europa. Naturaleza dinámica por excelencia, creía y predicaba que en el mundo no existe nada más poderoso que una voluntad. Jamás entendió las abdicaciones ni los desfallecimientos: era uno de esos temperamentos firmes y enérgicos, incapaz de comprender los naufragios, como cortado a pico sobre la muerte.

Después de desinfectarse cuidadosamente las manos, desayunó frugalmente unas frutas con pan integral, encendió un cigarrillo inglés y lanzándose voluptuosamente en un "Morris", abrió la carta. Estaba escrita con firmes y espaciados caracteres en un grueso papel de simpático color agarbanzado. La escritura tenía, en el papel sin rayar, una inclinación descendente. El doctor Rowers lo notó al punto e hizo una mueca de desagrado, pues es sabido que tal característica en la escritura, como bien lo ha demostrado Paul Joire, es signo inequívoco de pesimismo. De inmediato dió lectura a la carta, que concebía estos términos:

"Muy señor mío: Yo, a quien usted no tiene el honor de conocer, me llamo Ricardo Wagner; pero, no solamente no soy pariente del gran músico, si que también odio toda la obra wagneriana, desde "Tristán e Isolda" hasta la interpretación sinfónica de los Nibelungos.

"No vaya usted a imaginar que este odio mío —como otros que le enumeraré más adelante— obedece a una actitud más o menos literaria. Nada de eso. Odio la música por temperamento, desde niño, la de Wagner y la que no es de Wagner. Jamás he podido comprender qué han querido expresarnos los músicos con esa lluvia de sonidos que jamás lograron darme la sensación que me da un caracol marino.

"Odio los poetas; y, por poco que usted reflexione conmigo, no dejará de convenir en que tengo razón. ¿Puede en verdad imaginarse nada más grotesco que esos seres que han puesto en ridículo la naturaleza y el universo todo, muy en particular la luna? ¿Puede saberse en qué los ha ofendido el complaciente satélite, si no es en iluminar muy discretamente sus obscenidades amorosas?

"Odio la escultura y la pintura. ¡Momificar las formas! ¡Robarles la armonía, la gracia del movimiento! Un río quieto, un árbol quieto, un pájaro quieto: todo en quietud perfecta e infinitamente inferior en belleza a la realidad. ¡Loable tarea!

"Odio la filosofía. Por ella el hombre se ha transformado en un escarabajo pretencioso. El escarabajo quiere saber. ¿Saber qué? Pues nada menos que de dónde viene, adónde va, por qué está aquí y no en otra parte y el "por qué" de todo esto. Para ello, Condillac se esconde en una estatua y Spencer se frota los ojos ante la "incognoscible" como un conejo dormilón a quien despiertan demasiado temprano. ¡Extraordinariamente grotesco!

"Odio a los matemáticos, esas buenas gentes que van y vienen del infinito, como yo del club a mi casa, y que todavía no han podido convenir en qué es una unidad. ¿Que Leverrier o Adams descubrieron a Neptuno sin necesidad de tuberías de cristales? Perfectamente. ¿Ha disminuído por ello, acaso, la longitud de sus orejas?

"Odio la moral, tan imaginaria como el eje de la tierra, y con ella todos los convencionalismos, todas las religiones con que el hombre quiere disfrazar la lamentable y vasta oscuridad de su vida.

"Por último, odio todas las ciencias, muy en particular la medicina. Por ello me dirijo a usted, que también debe odiarla, puesto que cura a alguien. Ha llegado hasta mí la fama de los extraordinario casos por usted tratados. Y aunque no soy lo suficientemente crédulo ni lo estrictamente estúpido para atribuirle los méritos que pregonan los periódicos confío en que usted podrá hacer algo por mí.

Debo advertirle que jamás he padecido la más leve jaqueca ni el más insignificante dolor de estómago. Mi máquina humana reposa sólidamente sobre la más sólida de las osamentas. Tampoco me conmovieron catástrofes morales y, poseedor de una cuantiosa fortuna, no me atosigaron esos enojosos problemas que enturbian los días de tantos infelices.

Yo, señor mío, estoy enfermo de "vida", esto es, padezco el terrible mal de no tener nada y de no desear tener algo. Y es éste un mal tenebroso, quizá mucho peor de lo que imaginan los que gozan las delicias de una dispepsia nerviosa, una úlcera al estómago o una aneurisma a la aorta. Ya sabe, pues, mi enfermedad: estoy enfermo de vida, de vida tranquila, equilibrada, perfecta, que de ninguna manera quiero cambiar por otra.

Salúdale atentamente. Ricardo Wagner.

El doctor Rowers leyó por tres veces aquella carta. Algo que era como una gran tristeza le velaba el rostro, blanco, desvanecido entre las absurdas espirales del humo.

De improviso, abajo, en la calle, sonó la estridente bocina de un auto. Y, como si aquel ruído, sacudiendo la quieta atmósfera del laboratorio, hubiese llegado a lo más hondo del alma del médico, éste se puso en pie.

En los ojos se le iba encendiendo como una lucecilla maliciosa e irónica cuando acercó la carta a un pico de Bunsen. Después sopló las cenizas que oscilaron planeando en el aire como lentas mariposillas negras. Y en una hoja de su recetario escribió estas palabras:

"Ricardo Wagner. Grand Hotel. Londres. Péguese un tiro. Crea que el remedio es excelente. Rowers".

Y cuando diez días después, su amigo, el escribano Denkers, fué a comunicarle que Ricardo Wagner, conocido deportista londinense, se había suicidado legándole una fortuna de medio millón de libras, se le hubiera podido oir murmurar: "Era necesario... y sin embargo... ¿Pero qué ocurriría en el mundo si todos pensasen como Ricardo Wagner? ¡Medio millón de libras! No es caro por enterrar tan gran secreto...



CAUCHEROS

DE las varias especies de caucheros perdidos en el valle amazónico, dos se destacan, curiosas, no solamente por los puntos opuestos, geográficamente hablando, en que se encuentran, sino por las desemejanzas de hábitos, de físicos, de sentimientos y de ambientes.

La primera, conocida por cauchero de las islas, habita el estuario del Amazonas, poblando el gran archipiélago, al oeste de Marajó. Tipo desmirriado, roído por las fiebres, su timidez natural lo envuelve en un halo de simpatía. Ictófago y canoero, vive del pez atrapado en los montes inundados y en los brazos de ríos, con el chuzo y la red. La tierra anfibia aún, ora bajo el agua, ora fuera de ella, sólo le permite trabajar a la luz meridiana y en el reflujo de las mareas. Hijo de la región, adaptado al suelo por herencia, guarda un tono discreto, un aire resignado en sus modos y en su hablar. Puede ser ingenuidad como puede ser desilusión.

Humilde, inambicioso, ajeno al confort, vive en chozas sobre terrenos inundadizos. La estacada que las suspende recuerda la palafita suiza de las habitaciones lacustres. Casado muy joven, se llena de hijos, que viven desnudos al borde del agua.

No vibran en sus músculos flácidos los impulsos que transforman a los flojos y a los simples en potentados y poderosos. Apático, no ríe: sonríe apenas. Con la energía embotada y el carácter débil, la condescendencia y la tolerancia lo hacen ridículo. Tajeando cauchales agotados, gana poco, lo suficiente para no morir de hambre.

Además de eso, es fatalista. "Dios no falta a quien promete", asegura supersticiosamente en su charla.

A pesar de andar su mujer apenas con pollera y los senos al aire, él con pantalones solamente y los hijos en camisolín, tiene en el fondo del baúl la ropa dominguera con que oye contrito las oraciones en la casa del vecino, acompañado de la familia, y con la que danza en los barracones en que pernocta, postulando limosnas para la corona del divino Espíritu Santo.

Las embarcaciones pasan rozando el patiecito doméstico, inundándole la canoa y dislocándole el tronco de merity tirado sobre el barro para servirle de puente. Sin huerta, yermo de frutas, su sitio tiene siempre un jardincito aéreo sobre el zarzo de paxiubas.

Usa como arma la escopeta de fulminante, ordinaria; pero sabe, como el antecesor remoto, flechar.

Profundo conocedor de la selva e identificado con la fauna, no tiene miedo y no se deja sorprender por las fieras y por las serpientes. Imita a los macacos, a los pájaros, a los cuadrúpedos, silbando, cantando, golpeando. Si encuentra una víbora, la ahuyenta; si entrevé a la onza, la espanta. Atrae, mediante artificios al "inhambu" y a la "saracura", hacia las trampas. Ronca como el "jacamin" ventrílocuo. Es dueño, en suma, de los ardides y de las sutilezas del indio.

Contémplese, ahora, al cauchero de las nacientes.

Nacido en el noreste, es andariego y carnívoro, si bien que su alimento principal sea la alubia. Apenas asimilado al ambiente, tiene la fantasía pintoresca de los fuertes y la esperanza mística de los creyentes. Ambicioso, conociendo el valor del dinero, anda con los ojos vueltos hacia las bandas del oriente, por donde subió. Corta de noche. La ausencia de comodidad de su choza, levantada del suelo seco sobre estacas, no sintetiza la indiferencia y sí la transitoriedad, el sentido del regreso, el deseo vehemente de volver, de dejarlo todo. Soltero, a veces novio, casi siempre enamorado, vive con el pensamiento lejos, reviendo espiritualmente las mujeres de Porangaba, de Quixeramobin, de Baturité, de Crato. Trabaja como un Hércules para extraer un saldo, en el ansia de enriquecer, de ensartar un anillo de brillante en el dedo, de ser aviado, de ser patrón, de ser "coronel". Alegre, zumbón, le place reír alto, a carcajadas.

Con los sentimientos de honor muy vivos y el valor a flor de piel, estalla y se transfigura, en arranques feroces, en sus dramas de amor desagraviados a punta de cuchillo.

Faenando en cauchales vírgenes, produce mucho — ocho, diez, veinte galones diarios de láctex — lo suficiente para bajar con algunos contos de reis en el bolsillo.

Ajeno al fatalismo, sabe, por experiencia propia, que si no emplea el más amplio esfuerzo en el caucho, jamás verá los "verdes mares bravíos" de su tierra.

Su picada cauchera, como un anillo verdeante, se abre y se cierra en el abra de su choza. No vuelve del fin: llega. Alejado de cualquier convivencia humana, aislado, en la selva o en la hamaca, trabajando o durmiendo, más rústico se vuelve. Lleva por arma la carabina Winchester. Extraño a la ruda naturaleza amazónica, desconociendo la fauna, la flora y la gleba, los elementos le son hostiles. Sin finura ni astucia para vencer por la simulación y por perfidia, el coraje es el broquel que lo defiende. Todo lo lleva a bala.

Tales son las características dominantes de estos dos factores anónimos de la goma elástica. Contémpleselos en el contraste saliente de las almas. Balancéese sus iniciativas chocantes. La historia nativa de uno, pacífica, circundada por el "folk-lore" regional de la "Mae d'agua", de la "Curupira", del "Olho de Boto", del "Irapurú", contrasta singularmente con la historia migratoria del otro, envuelta en la tragedia escrita con las letras de fuego de las secas norestinas.

El cauchero de las islas, ya con el sol a nado, se embarca en la canoa, gorra de paño en la cabeza, blusa y pantalones de algodón remendados y zurcidos en cien partes, hachita, balde y machete, rumbo a la picada. Llega, salta a la "ravina" encharcada, fofa, y sigue, senda adentro. Tajea cincuenta, sesenta, ochenta árboles para extraer uno, dos, a lo sumo tres galones de leche. Hiere los troncos sobre un catrecito de madera, cerca de los gajos, tan escarificados se encuentran los troncos. Flemático, con el cigarrillo en la comisura de los labios, lo hace automáticamente, observando los aspectos en derredor. El naturalista que lo sorprendiese en el seno de la selva, calmo, sereno, andando sin prisa, le tomaría por un apasionado botánico, un artista que estudiase el tono "nuancé" de las sombras y el dorado de los hilos de luz que se filtran a través del ramaje enguirnaldado de lianas e icipós. Nada le desfigura su perfil perezoso y tardo aun cuando se le presenten, imprevistos, confusiones alarmantes: es, visiblemente, el cauchero del estuario, pálido, derretido, sin energías, sin exaltación, sin voluntad, mecanizado.

Vuélvase la medalla, examínese el reverso: repunta el cauchero de los afluentes remotos.

Salta de la hamaca al piar de los pájaros noctívagos, a las tres de la mañana; bebe un trago de caña o una taza de café; se viste; enfila la picada, irónicamente llamada "camino de siringa", abierta a machete. Camina de prisa. Se oye el vuelo de los murciélagos, el crujido de los garabatos y de las hojas secas pisadas. Hachita en mano, rifle a la bandolera, machete al cinto, pantalón y blusa de brin azul, zapatones de goma fabricados por él mismo, ojo humeante de una lamparilla de kerosene sobre el capacete de lata, afirmado en la cabeza, parece un cíclope americano que, en vez de forjar rayos de Júpiter, anduviese forjando los rayos de su propia desgracia. Flaco, mediano de estatura, cabellos ligeramente ensortijados, parduzco, camina de tronco en tronco de siringa. Da con la hachita uno, dos, tres golpes oblicuos en la corteza de la "hevea", clava debajo de las cesuras las tacitas de lata, y parte de nuevo, para de nuevo pararse y para de nuevo partir, improvisado Ashaverus de la "hylae". Imaginativo, con el pensamiento distante, trabaja recordando los descampados cearense, las "caatingas" floridas, las sierras azules, la ermita blanca de su parroquia, el repicar alegre de los días festivos.

De repente, en la extremidad de un tronco que atraviesa un arroyo a trasponer, barrándole el paso, algo inquietante ha vislumbrado. Se afirma, suelta la hachita, requiere el rifle y distingue, sobre su rollo de anillos, erguida, con los ojos centelleantes, la boca abierta y la lengua en relámpagos, una surucucú. Apunta y hace fuego. Le despedaza la cabeza. Se ríe, fanfarrón, examina las presas envenenadas del ofidio, y sigue, serenado ya del susto, picada adentro, atravesando charcos, subiendo montículos, bajando escarpas, salvando troncos caídos, hasta surgir en el patio de su choza.

Las nueve de la mañana. Enciende el fogón, recalienta el café y toma una taza. Fuma un cigarrillo, cambia el hachita por el balde, substituye el capacete por una gorra de paño y se sumerge, otra vez, en la selva, cogiendo el latex. Toma las jarritas desbordantes, una por una, y las vacía en el recipiente que conduce, las limpia con el dedo índice, a fin de aprovechar hasta la última gota, y camina y se detiene ciento y cincuenta veces, tantas como son los árboles de la picada.



De súbito, sin embargo, silba una flecha a la altura de sus ojos, cortándole la trayectoria. Arrea el balde, prepara el rifle y queda, petrificado casi, a la espera del indio que lo asalta y que antes le avisara, por señales de su semáforo guerrero, del ataque. Cinco, diez, veinte minutos, y nada. Las hojas no se mueven, las ramas no se mueven, los sacahis no estallan. Todo permanece inmóvil en el silencio misterioso de la selva. El aborigen erró, y, receloso de la reacción fulminadora de los ocho tiros rodantes, se ocultó. El cauchero cobra ánimo y prosigue en su faena.

En la mañana siguiente de un domingo, mientras tanto, día de huelga, le acomete un vivo deseo venatorio. Sin perro, sin tacto, fiado apenas en la abundancia de la fauna, parte para la cacería. Apenas si sabe el refugio de los jacús y de los mutunes, de la cueva de las pacas y de los cuatiás, del barrero de las ántas y de los papagayos. Va a la ventura, escudriñando con la mirada los rincones de la selva y averiguando con el oído los ruídos imaginarios.

Paso aquí, paso allá, en la orilla de una abra, con el cachorro recién nacido aparécele, a una distancia de cinco metros, imprevistamente, una onza de manchas negras, que lo examina desconfiada y agresiva. Animal que siempre evita al hombre huyendo, esta vez el instinto de la defensa materna le decide a enfrentar al cazador. Lame al hijo, toma un aire siniestro y arma el bote. El cauchero sorprendido, asustado, nervioso, midiendo el peligro, apunta precipitadamente y dispara. Erra el blanco. Requiere otra bala. La carabina entorpece. Suelta el arma. Desenvaina rápido el machete. La onza se precipita, de un salto, sobre el adversario: éste descarga desviando apenas el cuerpo, la cuchillada vengadora. Del animal y del hombre mana la sangre. Nuevo bote de la fiera, nuevo golpe del machete. Maullidos, gritos, gruñidos, y se trenzan temerariamente, como un par de gladiadores que disputase la vida por la muerte del otro. Y en los retrocesos y en los avances, en las contorsiones se desdobla la lucha formidable, épica, retumbante en la soledad de la selva, como un pugilato fatal de dos héroes de Homero.

Y la sangrienta pelea termina, al fin, con la caída brusca de la onza, con la cabeza abierta, dos patas amputads, el vientre rasgado, muerta. El cazador, con el pecho arañado, el cuero cabelludo arrancado a medias, un ojo vaciado, una oreja colgante, bañado en sangre, se inclina, coge el trofeo de una pata del animal y vuelve, desfallecido casi, a su barraca...

Es el cauchero del alto Amazonas que anda, según la frase de Euclides da Cunha, amansando el desierto.

RAIMUNDO MORAES

ILUSTRACIONES DE PREMIANI